

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Descanso de tres bulgaros en una caravana.

TOMO II. 25 de Diciembre de 1844.

36

BULGARIOS.

Después de una larga y penosa jornada y una comida frugal, tres viajeros descansan y disfrutan los únicos placeres, que puede ofrecer una caravana turca: un abrigo mas ó menos negro y sucio, pipas y café. El cuarto individuo de rodillas inclinado sobre el hogar de la chimenea es un criado del parador turco; separa del fuego una olla de cobre llena de excelente café que acaba de hervir tres veces, y que los huéspedes ven humear con placer. Es sabido que un oriental no podría vivir sin fumar; además de las pipas comunes, usan de otras finísimas, de lujo, en que el tabaco de una especie particular, después de haber atravesado el agua y un tubo en forma de serpiente, llega á la boca refrescado y depurado. Nuestros huéspedes no gastan entre los tres por el tabaco, el café y la cama, mas de dos reales, comprendiendo en esta cantidad una generosa propina al mozo. Por lo demás descansan completamente y se hallan muy satisfechos: sóbrios y económicos, sencillos en sus costumbres nada mas desean.

Por poco acostumbrado que esté nuestro lector á distinguir las diferentes razas del imperio otomano, por la tela y el corte de los vestidos sabrá á que pais pertenecen dos de estos viajeros, reparando en la parte mas visible de su traje, su tocado; no son ni otomanos que llevan grandes gorros hundidos hasta las orejas, ni griegos que cubren sus cabezas con el casquete encarnado. Ese gorro cónico de lana ó de algodón es peculiar de los bulgarios, raza eslava sometida á los turcos desde el siglo XV.

Desgraciados y oprimidos hoy, los bulgarios procedentes de la raza tártara, habitaban en los primeros siglos de la era cristiana las orillas del Volga. Asi es que se cree generalmente que de este rio han recibido su nombre de *Bulgarios* ó *Wolgards*.

Mas tarde, rechazados por las emigraciones de la edad media, se aproximaron al Danubio. En la segunda mitad del siglo quinto se esparcieron en la Misia y la Tracia, y mas de una vez amenazaron al bajo imperio. En el siglo X llegaron al mas alto grado de poder; pero pronto lo vieron debilitado de resultados de guerras incesantes, que sostuvieron con los griegos, rusos y otomanos. Pero desde su degeneracion en razas eslavas, han perdido su lengua, su antigua religion, y hasta el recuerdo de su origen, y puede decirse que son tan eslavos como sus vecinos los servios, los eslovacos y los bosniacos. «El bulgaro, segun la espresion de un escritor que ha visitado recientemente su pais, hoy no es mas que un tártaro convertido al eslavismo, dulce, apacible, laborioso y honrado, y bien sea resignacion á su destino, bien falta de inteligencia y actividad, no tiene esa ligereza de carácter propia de los griegos que en la abyeccion de la esclavitud jamás han desesperado de la venganza y de volver á la libertad.

Nuestras cartas geográficas no designan bajo el nombre de Bulgaria, entre las provincias turcas, mas que el pais comprendido entre el Danubio, los Balkans y el mar Negro. Sin embargo la raza bulgaria, esparci-

da en todos los paises circunvecinos se estiende á la Tracia, á la Macedonia y hasta la Morea; se calcula que no baja de cuatro millones y medio el número de sus individuos. Las principales ciudades de la Bulgaria son: Sofia, la ciudad Santa, Ternor, Widelin, Vilipopolis y Warná en el mar Negro: estas ciudades como en general todas las del imperio otomano, están lejos de hallarse en un estado próspero: á cada paso se vé sobre las ruinas de un pasado mas feliz, el espectáculo del estado precario de las poblaciones cristianas: las aldeas de los bulgarios revelan mucho mas ese estado de ilotismo á que el orgullo y la barbarie de los turcos han reducido á tantos pueblos. Habitan en chozas hechas de mimbres de la mas mezquina apariencia, hundidas en la tierra, ó levantando apenas del suelo sus techos de paja; una sola pieza compone ordinariamente toda la vivienda de un bulgar, las bestias ocupan chozas separadas.

Esencialmente agricultores los bulgarios, se adhieren al suelo en que viven, habiéndose frustrado siempre las tentativas hechas para colocarlos en regiones lejanas; asi es que trasladados por la emperatriz Catalina á Crimea; no pudieron aclimatarse bajo el hermoso cielo de este pais, y cuando de resultados de la guerra de Rusia contra los turcos en 1829, se enviaron cerca de 30 mil bulgarios á las orillas del Dnieper, la mayor parte se volvió al pais de los balkanos. Estos paises montañosos deben su cultivo á los bulgarios: la esencia de rosa tan apreciada en oriente es producto de sus cuidados; pero los armenios que han monopolizado en cierto modo este artículo, quitan á los bulgarios la mayor parte de sus beneficios. Otra de las industrias que ocupa á los bulgarios es la fabricacion de paños ordinarios, que constituye la riqueza de alguna de sus poblaciones.

Los bulgarios son cristianos segun el rito griego; sus sacerdotes son en general ignorantes, y el alto clero, compuesto frecuentemente de estrangeros, se cuida muy poco de los progresos intelectuales del pueblo sometido á su direccion. Sin embargo, como los griegos han tenido constantemente escuelas en las ciudades, puede esperarse que la instruccion se propague insensiblemente entre todos los habitantes del mismo pais. Esta influencia de los griegos puede ser de gran importancia, porque lleva en si los gérmenes de un renacimiento nacional. Recientemente en 1841, los bulgarios han mostrado que las ideas de civilizacion que germinan en toda Europa han penetrado hasta en los balkanos.

Los bulgarios son altos y robustos. La sobriedad, la temperancia, la sencillez y la pureza de sus costumbres no contribuyen poco á conservar la belleza de su tipo y su originalidad. Las mugeres se hacen notar por la limpieza, el amor al trabajo, la dulzura, el candor, y la honestidad de sus costumbres: son en lo general altas y esbeltas. Las mugeres casadas, principalmente si son jóvenes, se tapan el rostro y no dejan descubierta mas que la boca; las mugeres de edad avanzada llevan tocados extravagantes parecidos á unos cascos y recargados de piezas de monedas. Las solteras se visten con suma sencillez; su mas bello adorno consiste en una larga cabellera que descende algunas veces hasta el suelo y que podia servir de vestido á todo el cuerpo. Si ha de creerse á los viajeros, no es raro encontrar entre las jóvenes bulgarias, rostros de una hermosura digna de ejercitar los pinceles de los grandes maestros.

ESTUDIOS HISTORICOS.

DOÑA BLANCA DE BORBON.

El reinado borrascoso de don Pedro I de Castilla, marido de aquella desventurada princesa, conocido por unos con el dictado de *Cruel* y por otros con el de *Justiciero*, está sembrado de curiosidades históricas; que en otro artículo me propongo esclarecer.—El suceso tremendo de la reina *doña Blanca* es un lunar que empañará siempre la diadema de aquel valiente, pero desgraciado monarca; si bien hay que disculparle por el genio fogoso que le dominaba.

No había cumplido quince años el príncipe *don Pedro* cuando subió al trono, por la muerte natural de su padre don Alonso el XI llamado *el Vengador*, y desde el mismo día que se alzaron los pendones de Castilla por el joven inesperto monarca, se agitaron fuertemente los partidos en la nación porque ambicionaban la corona sus tres hermanos bastardos, distinguiéndose entre ellos don Enrique, conde de Trastámara.—Alentados por su madre *doña Leonor* de Guzman, dama que fué del rey don Alonso, no omitieron nada que no pusieran en juego para destronar á don Pedro. Ellos atizaban en secreto las pasiones de los *ricos-hombres* y señores territoriales, halagando la ambición personal, y prometiéndoles grandes mercedes si contribuían á su fin: ellos se rebelaron una y otra vez contra el rey su hermano poniéndose á la cabeza de los amotinados; y ellos, en fin, enroscaron ciega y cruelmente la muela del león de Castilla, para que rugiendo despues, despedazase entre sus garras cuanto á su vista se le presentara. La desgraciada *doña Blanca* fué víctima inocente de la tela que á su sombra urdieron los ambiciosos; y en último resultado sucumbió al influjo de la ira de su esposo, porque los descontentos con *don Pedro* la tomaron por bandera en su partido.—Las sublevaciones continuas de los castillos feudales: las conspiraciones que de día en día se fraguaban por los infantes bastardos; y últimamente el comportamiento poco noble de los señores territoriales hizo que don Pedro, á fuer de golpes y desengaños, trocase su natural bondad en un carácter inexorable é iracundo. Recelaba de todos y nunca pudo capitular con la mentira. La ingratitud era para él uno de los crímenes mayores en el hombre; y en esto iba conforme con la opinión de los mejores oradores romanos, que mirando la ingratitud como el tronco de todos los vicios, la castigaban severamente.

Enamorado *don Pedro* en sus juveniles años de *doña Juana Manuel*, señora de Villena, cuya hermosura eclipsaba las bellezas de la corte sevillana, pensó en escogerla por esposa.—Para quebrantar la ilusión que de este enlace concebiera el rey, manejó *doña Leonor* sigilosamente el matrimonio del conde don Enrique con aquella dama, sin otra intención, que por pisar los primeros amores del monarca. Resentido *don Pedro* de un proceder que tanto se oponía á su primera voluntad, no podía olvidar á la hermosa *doña Juana*, robada por su hermano con menosprecio de la persona real.—Creía,

y esto es muy propio en los pocos años, que no había ya felicidad para él. Manifestó desde luego el justo enojo á los bastardos, y temiendo su venganza, huyeron por segunda vez á sublevar los estados. El conde don Enrique se fué á Gijón, en el principado de Asturias, y sus hermanos don Tello y don Fadrique se dirigieron á encender la guerra en el maestrazgo de Santiago y en las fronteras de Aragón.

Era, pues, una necesidad política buscar el medio de cortar las turbulencias que amenazaban al reino, porque la defección de los castillos y plazas se sucedían con rapidez.—Para atajar en su plan á los sublevados trató de casar al rey don Pedro. El canciller mayor y el caballero don Juan Alonso de Alburquerque persuadieron de ello á la reina madre *doña Maria*. Convocado el consejo para tratar de un asunto tan grave, decidieron por unanimidad que se mandasen embajadores á París, á fin de pedir la mano de una princesa de Francia. Salieron inmediatamente con esta ardua misión, el obispo de Burgos, don Juan de Roelas; y el caballero de Cuenca, don Alvaro García Albornoz, con encargo especial, que de las seis hijas que tenía el duque de Borbon, príncipe de la sangre real, pidiesen aquella que fuera mas digna de ceñir en sus sienes la corona de Castilla.—El duque recibió muy afectuoso la embajada de don Pedro y habiendo presentado sus hijas con aquella ostentación y ceremonias de estilo, escogieron sin vacilar á la princesa *doña Blanca*, sobrina del rey Carlos V de Francia, cuya amabilidad y rara hermosura no era fácil encontrar entre las mugeres de su siglo.—Firmados, por fin, los contratos matrimoniales, todo fué contento en la familia por el porvenir lisonjero que este aventajado enlace presentara. También los embajadores se complacían á su vez, por la creencia que tenían de haber desempeñado á satisfacción de su rey comision tan delicada.—¿Quién hubiera dicho al oído de la ilustre princesa que había de haber sido tan desgraciada en un matrimonio, que ella misma miraba como su felicidad suprema....!—Así burla la fortuna las halagüeñas esperanzas, y juega con aquello mismo que mas apreciamos!

II.

La estrecha alianza que hicieron los infantes bastardos con los *ricos-hombres* de Andalucía y Asturias los dió valor en su empresa de destronar á *don Pedro*, antes que se realizara el matrimonio ya concertado con la princesa *doña Blanca*. El joven don Pedro no desmayó porque los conjurados levantasen banderas contra su persona: reunió sus tropas en enero de 1352, y despues de revistarlas en Sevilla empuñó la lanza poniéndose al frente de ellas. Marchó veloz á contener los progresos del movimiento de Asturias, como mas peligroso, porque se encontraba don Enrique en la fortaleza de Gijón; mas á su llegada capitularon, poniendo por única condición que se les había de perdonar las vidas; capitulación que fué aceptada y religiosamente observada por el rey don Pedro.—Cuando regresaba victorioso hizo parada en la villa de Sahagun en casa de su privado el caballero Al-

burquerque. Allí fué donde vió por primera vez á la graciosa doncella doña María Padilla. Prendado el rey de su hermosura, bien pronto se olvidó de la presunta esposa doña Blanca. Loco con sus nuevos amores ni pensaba, ni hablaba de otra cosa con los privados de su guardia, que de las gracias de la doncella; pero como observase el rey su grande honestidad, y que huía de su presencia, este modo de conducirse le interesó mas, tanto que la mandó llamar á su cámara.—Siempre obediente doña María Padilla, se presentó llena de rubor al monarca, engalanada con su toca de tisú de plata, vestido de terciopelo negro, cuya larga cola portaban dos graciosos papecillos. Tanto resaltó su hermosura, que el joven don Pedro no pudo hacerse superior á su presencia.

María....! la dijo con semblante muy alegre, ni el esplendor que dá un trono, ni todas las bellezas aquí reunidas, podrían herir mi corazón de un modo tan sincero como el que observo en tu presencia.—Mi amistad te ofrezco, hermosa María, y desde ahora me contemplaría dichoso si consiguiera tu amor.

—Señor, le contestó con los ojos bajos, la alta esfera de V. A., no permite que condescienda en un amor pasajero que me haría desgraciada y mancillaría mi honor.

—V. A. es prudente, es generoso, y no abusará de su elevada posición, porque... es un imposible que yo ponga en V. A. los afectos de mi corazón.

—¡Vive Dios! hermosa María, que mi declaración es franca; pero si razones de estado te apartan de mi cariño, la corona de Castilla pondría á tus pies para que concedieras á don Pedro lo que niegas á tu rey.

—De nada sirven los deseos, señor, si la política del estado reclama otra muger mas digna que yo, en quien V. A. pueda depositar su noble amor.

—¿Con que es decirme que no fías en mi palabra y que repudias mi pasión?

—Es hablaros, señor, le replicó, con el lenguaje de la verdad, pues en mi convicción no cabe el acceder á los deseos de V. A.

—Pues bien.... vete, y no enfades mi corazón con respuestas desdenosas.

Hizo doña María Padilla una profunda reverencia y se salió sin hablar mas.

La resistencia de la ilustre dama á los amores del joven don Pedro, dieron ocasion al valido don Juan, y á su tío don Juan Hinespresa, para vincular la gracia del rey. Estos hombres protervos, no pudiendo doblar la voluntad de la Padilla, aconsejaron al joven monarca que se casase en secreto. Ciego este en su propósito, y sin reparar en las futuras consecuencias, no dudó en condescender á ello, labrando desde aquel momento la desdicha de la princesa doña Blanca y los males sin cuento que de tan impolítico paso se siguieron al país.

Dispensó don Pedro, un cariño grande á la prudente doña María llevándosela con él á Sevilla. Pero recibida la noticia (en mayo de 1353) del arribo á Valladolid de la presunta esposa doña Blanca, que en su viage vino acompañada por el Vizconde de Narbona y por el maestro de Santiago don Fadrique, es muy de notar que los mismos privados que abusaron de la sencillez de los pocos años, alimentando en su origen los amores de Saha-gun, los mismos le aconsejaron que pasara á Valladolid á celebrar la boda por exigirlo así el bien público.—Fué el rey don Pedro á Valladolid: dió la mano de amigos á los infantes bastardos, y aun cuando estaba casado en secreto con doña María Padilla; no pudo negarse á la ratificación de los desposorios con doña Blanca, pues se habia dado cuenta á las córtes y era público el matrimonio en Castilla y en el extranjero.

Triste y pensativo el joven monarca ninguna inclinación ni afecto amoroso mostró en su primera vista á doña Blanca, aun cuando su hermosura no tenia rival.

Celebróse por fin la boda en la mañana del 3 de junio siguiente, pero con muy poca pompa y menos aparato. Esto dió lugar á que el vulgo, viendo el disgusto de don Pedro, pronosticase muchas desgracias; y no se engañó por cierto en ello. A los dos dias precisamente de verificada la boda, sin haber dado tiempo á que pasara la fiesta, trató de marcharse al castillo de Montalban en donde habia dejado á la Padilla. Cuanto hiciera la hermosa doña Blanca por coger las llaves del corazón de don Pedro fué sin éxito alguno, porque enloquecido con sus amores ni aun miraba á la reina cara á cara.—Llevó adelante su proyecto, sin que los ruegos ni las lágrimas de su tío don Leonor de Aragon fueran bastantes á detenerle. En la noche del 5 montó á caballo sigilosamente y desapareció sin hablar con nadie. Luego que en la mañana del 6 se hizo público en Valladolid la fuga del rey, todos los infantes corrieron en su busca.

Quién hablaba contra don Pedro por accion tan villana y porque habia dejado á doña Blanca entre lágrimas y completamente desairada, quién le daba la razon, lisongeando su gusto por la preferencia que mostraba á la Padilla, quién sospechaba temerariamente que el desvío del monarca era la causa la traición de don Fadrique. Lo cierto fué que en la divergencia de supuestos tan contrarios, la gente sensata del pueblo quedó aletargada con un suceso tan inesperado y tan ageno á la política con Francia.

El rey don Pedro y doña María Padilla, estraños á todo, desde Montalban se fueron á Toledo. Allí supieron que se conspiraba para obligarle á que se reuniese con la reina doña Blanca, y como el valido don Juan animaba este proyecto cayó en completo desagrado, teniendo que emigrar á Portugal. Cediendo, por fin, don Pedro á los ruegos de los grandes volvió á Valladolid, pero desde aquí se fué á Olmedo á donde mandó venir á la Padilla sin que tuviera mas lástima de la reina doña Blanca. Esta señora, acompañada de su madre política, marchó á Medina del Campo á fijar su residencia, en donde pasó la vida de viuda, entretenida en labores propias del bello sexo.—Muchos grandes la ofrecieron sus riquezas, su valor y sus servicios, levantándose desde luego otra nueva bandera contra don Pedro á cuya sombra cabian todos los descontentos. Como sabia el rey la conjuración que se fraguaba, empezó á perseguir á la desgraciada doña Blanca: mandó, pues, que la llevasen á Arévalo comunicada, bajo la guarda del obispo de Segovia y del caballero don Tello Palomeque: hizo su camarero á don Diego Garcia Padilla, hermano de su amiga; y últimamente dió la copa á don Alvaro Albornoz, y la escudilla á don Pedro de Mendoza.—Con estas mudanzas marchó el rey tranquilo á Sevilla en octubre de 1353, y tanto los infantes, como la mayor parte de los grandes, siguieron el viento que soplabá, disputándose á porfía las lisonjas para grangearse la gracia de doña María Padilla. No duró mucho la calma, pues otros grandes de Castilla, en inteligencia con la reina madre, promovieron en seguida la revolucion de Toro y de Toledo; revolucion que llegó al punto de cerrar las puertas á su rey estas ciudades, viéndose obligado á abrirlas con la fuerza.—De motin en motin, y de revuelta en revuelta, creyó don Pedro que asegurando la persona de la inocente doña Blanca se cortaría el mal. Hizo, pues, que se la condujese presa á la fortaleza de Medina teniendo allí encerrada lo mejor de su vida, pasando mil trabajos y desdichas. Un trato tan injusto movia la compasión de todos, y refieren con este motivo los cronistas que estando el rey en caza presentósele un pastor con rostro temerario, erizado el cabello y de barba revuelta y encrespada.

Rey don Pedro! le dijo, os conjuro en nombre del cielo sino haceis vida con la reina doña Blanca, y teneis misericordia de ella. Mirad, señor, que muy enojado

Dios de vuestro inaudito proceder con aquella desgraciada, os amenaza de muerte....

Dicen, que sin esperar otra palabra del pastor desconocido, lleno de cólera, lo persiguió atrozmente. Este suceso, de por sí muy ruidoso en la corte, no sirvió mas que para aumentar el odio implacable contra la víctima desgraciada.

III.

En el castillo de Medina Sidonia continuaba presa la reina *doña Blanca* por el año 1361, ignorando lo que por fuera de aquel recinto pasara. Ningun delito podia atribuirse con justicia á la infeliz señora, para hacerla padecer bajo las sombrías bóvedas de aquella triste fortaleza. Dotada de los dones apreciables para un buen esposo, *don Pedro*, que era de un natural iracundo; encontraba en esto un motivo mas para aborrecerla, porque los amores ciegos con *doña Maria Padilla*, desnudaban su alma de compasion y lo tenian sordo á los gritos de la conciencia. Asi pasaba los dias en reclusion *doña Blanca*, sin mas compañía que una generosa doncella, hija de un hidalgo del pais, que pidió servir á la ilustre prisionera mientras durase el injusto encierro. —*Inés de Mendoza*, que este era su nombre, consolaba á la reina. Unas veces reflexionaba acerca del porvenir risueño que á su reina esperaba, otras bosquejaba de un modo inocente la virtud del sufrimiento para llegar á una felicidad tranquila. — Inventaba, en fin, cuantos medios le sugeria su imaginacion para hacer menos odiosa la desgracia y para aclarar el negro velo que cubria á su señora, ¡vanas esperanzas! decretado habia el destino que aquella hermosa señora, comparable con la flor de la mañana, que abre sus hojas con el sol y que poco antes hacia las delicias de la Francia y de la España, muriera; y muriera sin que un rayo de luz penetrase por las tinieblas que la rodeaban.

Estaba *Inés* junto á los fosos del castillo, cierta noche apacible y serena cortando flores del rosál para llevarlas á su señora, cuando hé aqui que de repente oye un ruido extraño en aquel sitio: escucha, ve que se mueve el ramaje, y apercibida de lo que fuera, descubre á menos de diez pasos un caballero ricamente armado, que se dirigia hacia ella. — Si hubiera sucedido esto en el siglo diez y nueve, la tímida doncella huyera á ver aproximarse un desconocido en aquella soledad y en hora tan avanzada de la noche; pero en aquel tiempo ningun temor podia inspirarla, pues los nobles á fuer de caballeros, y los plebeyos por imitar á los nobles, antes perdieran la vida que tratar villanamente á una dama.

— Señora! dijo el caballero, descubriéndose la cara y dejando ver al través de los rayos de la luna sus facciones juveniles. Hanme dicho que en este castillo es donde se halla presa *doña Blanca*. Pertenezco á la grandeza de Castilla, señora; tengo mucho valer en la corte, y como me compadece la desgracia quiero aliviar á la reina, porque su inocencia la conocen todos los vasallos de don Pedro. Vengo, pues, á deciros, como su confidenta, que estoy dispuesto á salvarla...

Apenas el jóven desconocido acabó sus últimas palabras, *Inés* creyéndole con sinceridad, se arrojó muy enternecida á sus plantas. Un delirio se apoderó de su persona, y entre lágrimas y sollozos

— ¿Sereis tan generoso, noble caballero, le contestó, que querais esponer vuestra vida al furor de don Pedro, por dar libertad á una infeliz reina, abandonada de todos y sin otro poder que el vuestro?

— ¿Me creéis, señora, con alma tan pequeña, que no me atreva á arrostrar los mayores peligros, intentando una accion muy propia de la nobleza castellana?

— No, ¡vive Dios! que si mis ruegos no bastan para salvar la inocencia, bastará el filo de mi espada.

— Serán en vano vuestros esfuerzos, replicó la jóven, pues don Pedro no retrocede jamás de su propósito.

— En verdad, añadió el caballero, que se habla mucho estos dias en Sevilla de una aparicion muy extraordinaria. — Dicen, que un pastor con el carácter de profeta, amonestó al rey don Pedro en nombre del cielo, por su crueldad con la reina *doña Blanca*... Aclaradme, pues, este misterio, jóven sencilla, si teneis noticia de él, porque en la corte se ha condenado ya al silencio por haberlo mandado así el bárbaro don Pedro.

Inés vaciló un momento sin atreverse á satisfacer al desconocido; pero poseida, como estaba, del deseo de aliviar la suerte de la virtuosa reina, consideró conveniente no ocultar nada al que tan generosamente ofrecia su proteccion.

— Yo, le contestó que soy la única persona facultada para asistir á *doña Blanca*, concebí un pensamiento que se llegó á realizar... ¡Solo sirvió para escitar mas la venganza de su esposol... Ordené que un criado de mi padre, disfrazado pobremente de pastor, se presentara delante del rey en una batida de caza, y le amenazase en nombre de Dios con los mayores castigos, sino daba libertad á la reina, tratándola como á legítima esposa. Asi lo verifiqué; mas el menguado monarca, lejos de respetar al supuesto mensajero del cielo, arrojóle un dardo que por fortuna no le dió.

El incognito frunció los labios, como reprimiendo un movimiento de cólera. Advertido esto por la inocente *Inés*, creyó desde luego que seria causa de la indignacion que en el galán-caballero escitara la crueldad de don Pedro; pero ¡cuán distinto objeto le llevara!

Quedad en buena hora, dijo cortesmente. Id á decir á la reina mi señora, que cuando todos la desamparan, hay sin embargo algunas almas que se duelen de su desgracia. El tiempo es corto y voy á preparar una obra digna del nombre que me distingue entre los mas elevados donceles de Castilla. ¡Sentencia fatal que se vió muy pronto ejecutada!

El misterioso protector desapareció. La cándida *Inés*, loca de contenta, corrió apresurada á la cámara de *doña Blanca* para hacerla una completa narracion de lo sucedido. — La infeliz señora, en vez de concebir esperanzas que dieran luz á su desgracia, encontró en este suceso la proximidad de su muerte. En su aventajado talento conocia bien las pérfidas maquinaciones de su esposo, y corriendo las lágrimas por sus mejillas.

— ¡Inés! la dijo, tu franqueza nos ha perdido porque el supuesto protector era el mismo don Pedro. Ha logrado saber por este medio el origen de aquella aparicion... no ignoraba de donde procedia, pues su malicia se lo hacia sospechar.

— Pero, señora, la decia *Inés*, cálmese V. A. que un caballero tan galán no es posible que tenga un corazon de tigre como lo es el de don Pedro.

— Si, *Inés*, somos perdidas... esclamaba la desventurada reina con aquel desasosiego propio del peligro. Tu cabeza y la mia servirán de placer al hombre mas desalmado que abortó la tierra.

En medio de la situacion tan angustiosa, un respetuoso silencio embargó el sentido de las dos. Momentos despues de esta aparente calma, clavó los ojos en el cielo la hermosa *doña Blanca*, y descansando sobre un cojín de terciopelo.

— Dios mío! esclamó; bien sé que nada hay oculto para vos. La tierra, señor, protesta mi inocencia; pero si mi suerte es morir, porque esté así decretado por la divina providencia, aquí me teneis tranquila esperando vuestra voluntad, pues... deseo acabar de penas.

Atónita *Inés* de la escena que presenciaba dudó al pronto si la reina habria perdido el juicio. Mil palabras de consuelo la dirigia cariñosa: el corazon, no obstan-

te, de doña Blanca no latía ya abrumado por el sentimiento. Lloraba Inés asida de las manos con su reina atribulada: la prodigaba caricias inocentes, y fatigadas por fin de la gran batalla, quedaron rendidas aquellas dos infelices por un estóico sueño, que vino á despertarlas con gran serenidad y resignación cristiana.

No eran vanas las sospechas de la malograda doña Blanca pues al día siguiente de aquella misteriosa aparición, el cruel don Pedro, hizola morir con yerbas, se-

gun dice el historiador Mariana; y según la crónica dejó de existir á los 25 años no cumplidos, bajo el golpe fatal de la maza descargado por un ballestero de Mora, llamado Juan Perez. Fué enterrada en la iglesia de San Francisco de Jerez, en donde se lee el epitafio, según Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

GLORIAS DE ESPAÑA.



DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO (1).

I.

Tres buques con bandera española favorecidos del próspero viento surcaban las olas del Atlántico. La calma mas apacible reinaba en toda la vasta estension de

(1) Insertamos con el mayor gusto este artículo del señor Villabril, que teníamos, hace algun tiempo, en nuestro poder, para el cual, y con objeto de que sirvan de muestra, hemos aplicado algunos grabados de los de la interesante obra *Historia del descubrimiento y de la conquista de América*, cuyo prospecto repartimos con el presente número; el público juzgará en vista de este trabajo si hemos procedido con acierto, encargando la traducción a nuestro apreciable colaborador.

aquel oceano sin limites, y la proa de las embarcaciones, cortando las espumosas ondas, dejaba abierto en pos de sí un ángulo, que al paso que se ensanchaba, se iba perdiendo tambien en la inmensidad de la líquida llanura. Profundo silencio reinaba en las naves, cual si la tripulación confiada en el bonancible aspecto del temporal, hubiese olvidado lo precaria que ser podía aquella situación. Sin embargo, este silencio era precursor de la agitación mas espantosa y de que se acercaba el momento en que iba á estallar la ira comprimida en los pechos.

Las tres naves referidas eran tres carabelas españolas mandadas por el hombre extraordinario que por sus conocimientos, genio y grandeza de alma, marchaba entonces á la cabeza del siglo; el célebre CRISTOBAL COLON. La primer carabela en que venia el almirante llamabase *Santa Maria*; la segunda llamada la *Pinta*, venia manda-



da por Martín Alonso Pinzón; y por Vicente Yañez, la tercera llamada *Niña*. Las tres pequeñas embarcaciones habian salido del puerto de Palos el día 3 de agosto de 1492 con el designio nada menos de descubrir un nuevo mundo y visitar las ignoradas costas del antiguo. Empresa gigantesca, graduada entonces de temeraria y que no hubiera podido llevarse á efecto en el estado en que se encontraba la España, sin la magnanimidad de la reina católica, que se desprendió de sus joyas para proporcionar la mas rica de todas á la corona de Castilla. Aquellos mismos hombres que tan animosos se habian embarcado, participando del espíritu aventurero de su época, ya no tenían deseos ni esperanzas. Al cabo de mas de dos meses de incierta y penosa navegacion, el desaliento se iba apoderando de ellos, los víveres se acababan y hasta habia el peligro de que muy en breve, en el mismo seno del piélago no tendrían agua apropiado para apagar su sed. Engañados varias veces por una de aquellas ilusiones de óptica, frecuentes en el mar, que hacen suponer la cercanía de la tierra, se habian llegado á persuadir de que no la encontrarían nunca. Los marineros originarios de aquellas provincias de España donde es mas característico el apego al país natal; los hombres de armas acostumbrados á la vida agitada que habian seguido durante la última lucha contra el poder musulmán en la península, no podían tolerar aquella inacción, y aquella ausencia lejos de sus campiñas queridas. El descontento se manifestaba sordamente, el número de los afectos á Colon se disminuía cada vez mas, y cuando todos vieron una muerte horrorosa como término probable de su expedición, resolvieron manifestar á el almirante sus vivos deseos de volver á España.

Atendida la firmeza de carácter de Cristóbal Colon era en extremo arriesgado irle con semejante demanda y escogieron para proponérsela á uno de sus mas favorecidos. El almirante quedó tan sorprendido como irritado con la propuesta, y como era de esperar, rehusó acceder á los deseos de la tripulación. ¿Cómo habia de retroceder entonces que tocaba al término de su viaje el mismo que habia arrostrado tantas contrariedades para emprenderle? El que ofreciendo en valde sus conocimientos y servicios habia pasado de Génova á Venecia, de Venecia á Roma, de Roma á Portugal y de Portugal á España? El que habia sido despreciado y tenido por

un visionario en juntas de hombres respetables hasta haber sido comprendido por la magnánima Isabel?

—¡Aun no es tiempo de volver! contestó disimulando su enojo, aunque no lográsemos descubrir un nuevo mundo, arribaremos á la tierra firme del *Gran Can*, donde nos indemnizaremos de nuestras privaciones y habremos descubierto un nuevo camino para ir al Oriente. He concebido fuertemente esa idea y no la abandonaré.

—Pero en tanto, replicó el enviado, los víveres escasean, el descontento de esta gente llega á su colmo y si perdida la subordinación se atreviese á...

—¿Qué delirio! Si lográran deshacerse de mí ¿cómo se compondrían para volver á España?

—Oh! los hay capaces de todo: hay quien ha notado que les cuentas cada día mucho menos camino del que realmente hacen las naves.

Esta observación pareció dejar suspenso á Colon que calló por un breve rato. Su interlocutor creyendo que dudaba, le preguntó:

—Consientes en volver á España?

—¡Jamás!

—¡Así me lo esperaba yo! ¿Entonces que respuesta les daré?

—Que hemos venido para ir á las Indias y que hemos de proseguir hasta encontrarlas, con el favor de Dios.

Cuando esta respuesta tan terminante fué comunicada á el equipage, la exasperación llegó á su mas alto grado y estallaron repetidas señales y voces de furor que podían reasumirse en esta espresión:

—Perezca el ambicioso que así ha burlado nuestras esperanzas y nos reserva una obscura muerte.

II.

Los rayos del sol, entrando por las ventanillas de la cámara de popa de la nave capitana, dejaban percibir cierto desorden en la estancia. Veíanse los muebles fuera de su sitio, libros, mapas é instrumentos geográficos y astronómicos sobre las sillas y la mesa. Un solo personaje que se hallaba en la estancia parecia sumido en la mas profunda reflexion. Sentado y apoyado la cabeza en una de sus manos, contemplaba languidamente aquellos

científicos objetos; pero á veces sus miradas se reanimaban, las dirigía á el lejano horizonte y en sus ojos brillaba el fuego del entusiasmo. Cristóbal Colon sin disfrutar del necesario descanso, poseído por una idea fija, é infatigable en sus estudios, hacia servir á los progresos de la ciencia todas las observaciones y circunstancias de su navegacion. El fué el primero que notó las declinaciones de la aguja magnética; de modo que embarcado en una mala nave, cuando la náutica estaba aun sumamente imperfecta, no solo aspiraba á ensanchar el universo conocido, sino á enriquecerle con sus conocimientos, y su saber. Este mismo hombre, que habia resistido impávido los desdenes de las cortes de Europa por asegurar la existencia de un nuevo mundo, no podia entonces soportar la idea de que los españoles, los únicos que habia encontrado capaces de seguirle, considerasen ya su pretension como un desvario y estuviesen á punto de malograrla. Esta idea que le alligia tan profundamente era la causa de su abatimiento y enagenacion mental, de la que no salió hasta que llegó á sus oídos un extraño rumor sobre cubierta y vió entrar apresuradamente al hombre de su mayor confianza y al que solia encomendar el cuidado de la nave.

—¿Qué me quieres? le dijo: tu rostro pálido y alterado me indica alguna infausta nueva.

—Ah! Colon, todo está perdido! Si no descubrimos pronto la tierra apetecida, vas á ser víctima del furor de estos hombres. Ya me es imposible contenerlos.

—Pues qué, han cesado las evidentes señales que teniamos de la proximidad de la tierra?

—Al contrario, aves desconocidas que no pueden provenir de costas lejanas, vienen á descansar en lo alto de las jarcias: yerbas flotantes llenas de cangrejos y

moluscos vienen á dividirse contra la proa de la nave, y tambien se han visto flotar algunos trozos de madera estrañamente labrada.

—Y esas señales no bastan á aquietar la tripulacion?

—Veinte dias hace que se repiten, y no bastan á calmar su efervescencia. ¡Somos perdidos!... ¿Oyes?... Estos hombres creen que ya no podrán volver á España, y no descubriéndose la tierra que se busca, piden á gritos la muerte del traidor que así ha burlado sus esperanzas.

Aun estaba hablando y ya el estrépito que suena en la embarcacion les anuncia la llegada de los amotinados: la rabia y la desesperacion estaban pintadas en sus rostros, consumidos por el hambre y las fatigas de tan largo viage: agitando convulsivamente sus flacos y nervudos brazos le gritan á Colon:

—¡Traidor! donde está esa tierra que nos has prometido? donde la felicidad que dentro de poco tiempo nos esperaba? Vuélvnos á nuestra pátria. ¿Para qué nos has sacado de ella?... para que nunca la volvamos á ver, para traernos á perecer en medio del abismo? Llévanos á morir como guerreros. Ya carecemos hasta de agua para beber; pues bien beberemos tu sangre.

—Sangre! sangre! repite la turba desenfrenada.

El almirante valiéndose de toda su presencia de ánimo se levanta magestuosamente y opone su serenidad incontrastable á la furia de los amotinados.

Mi sangre es vuestra hasta la última gota, les dice, saciaos en ella, si para vivir la necesitáis. Mas sensible que la muerte me es, que desconfieis de mis palabras. Os pido solo por última gracia que me permitais ver salir otra vez el sol sobre este horizonte, porque ya no serán promesas las que mediarán entre nosotros, sino un pacto solemne y terrible. Atended, si mañana al romper el dia no tenemos ya á la vista una playa libertadora, yo me ofrezco gustoso á la muerte.... Amigos, acordáos que sois españoles no acostumbrados á temer el infortunio. Sigamos nuestra empresa, y tengamos confianza en Dios. El es quien me inspiró e proyecto mas grandioso que puede honrar al espíritu humano y el que ha reservado á vosotros, los españoles, la gloria de ejecutarlo.

La tranquilidad y sereno aspecto de Cristóbal Colon le hacen triunfar de los amotinados. Concediéndole este último plazo se retiran con sordo murmullo y por esta vez el héroe se salva.

III.

Las estrellas brillaban silenciosas en el firmamento, y la luna con trémula luz parecia esparcir una dulce calma en la vasta superficie del Atlántico, cuyas olas estaban tranquilas y transparentes como las de un inmenso estanque; unas venian á chocar mansamente contra los costados de la embarcacion, mientras que otras cortadas por la proa levantaban copos de bullidora espuma. Las velas de la nave infladas en toda su estension por una brisa impregnada de suaves emanaciones, favorecian su rápida marcha y rumbo al occidente. Todo en la naturaleza y en aquella hora avanzada de la noche ofrecia un encanto particular; pero aquel sublime espectáculo no producía en el ánimo del almirante la impresion profunda de otras veces. Preocupado con la idea del pacto terrible en que se hallaba comprometido, buscaba algun alivio á su ánimo angustiado y no lo hallaba; en ninguna parte un rayo de esperanza, en ninguna parte un punto de tierra donde la vista pudiese descansar en aquel mundo de agua. Paseabase agitado sobre cubierta, porque en aquellas circunstancias estraordinarias de vida ó muerte, en vano el sueño hubiera venido á cerrar los párpados de quien ya



hacia algunas noches renunciaba á él, para entregarse á sus preciosas observaciones. A veces su pecho estaba oprimido, y contemplaba con amargura todo el horror de su posición; mas otras le hacia palpar de entusiasmo y hasta sonreír de alegría la brillante perspectiva que se le presentaba de los frutos de sus descubrimientos y conquistas. Una revolucion general iba tal vez á verificarse en el globo, y dos pueblos separados por un abismo iban á estrechar sus relaciones, abriéndose ancho campo al comercio de los europeos. A la España, su patria adoptiva, le estaba reservado un inmenso porvenir, nuevos frutos, nuevos tesoros iban á enriquecerla, nuevas materias le harían crear nuevos objetos de industria, y en fin brillante carrera de conquistas y laureles se le abriría al tomar posesion de aquellas ignoradas regiones. Estas ideas le consola-

ban é infundian nuevo aliento porque para él, era indudable la proximidad de la tierra, y á cada señal que se lo confirmaba, á cada variacion que advertia en las corrientes del mar, sus miradas se dirigian hácia el occidente, cual si quisiesen penetrar á través de la obscuridad. Entonces un lejano resplandor hiere de repente su vista. Colon se precipita al borde de la nave y....no hay duda; una luz, una llama móvil es lo que miran sus ojos: —¡Allí!...¡allí!... una luz!...vedla: esclama enagenado; pero los pocos hombres que acuden á sus transportes nada ven; nada descubren al traves de la niebla del horizonte y solo un page de la Reina Católica, enviado para acompañar á Colon en su viaje, le dá algun consuelo asegurándole, que efectivamente es una luz móvil como si fuese llevada por alguna persona.



Los españoles vuelven á recostarse junto al pabellon de Iberia que estaban guardando y el almirante llega á dudar si lo que ha visto no será mas que una ilusion de su acalorada fantasia. En esta incertidumbre esclama desconsolado:

—Apresura tu curso ¡oh nave! Que no muera yo antes de saludar á la tierra que Dios ha prometido á mis desvelos.

La nave cual si obedeciese á la voz de su capitán, volaba favorecida por un viento impetuoso; pero esta circunstancia tan ventajosa no contribuía á serenar á Colon. Ya no consideraba la influencia de su descubrimiento en la política, comercio é ilustracion de todas las naciones del globo, y mas particularmente de la España, entonces en el apogeo de su gloria por las recientes victorias de los reyes católicos. Menos le lisongeaba la fama eterna que le resultaria por la consecucion de una empresa, que solo habia servido de espanto á los hombres mas animosos, que habia sido reputada como impracticable por hombres que en su siglo pasaban por sabios, y solo humildes religiosos en la obscuridad del claustro habian considerado como posible y ventajoso. El horror de su situacion era lo único que con toda su amargura se presentaba á el almirante; la incertidumbre en que se hallaba de dar glorioso cumplimiento á sus promesas y terminar felizmente un viaje que tantas fatigas y sinsa-

bores habia ocasionado á cuantos le acompañaban. Entonces olvidándose de sí mismo é hincada la rodilla en el suelo, exclamó al Ser eterno:

—¡Dios poderoso! Si ha llegado la hora terrible de mi muerte, yo la acepto; pero dirigid una de vuestras miradas piadosas sobre estos infelices que me rodean. ¡No permitais que mueran sin consuelo en este inmenso sepulcro!

IV.

Iba ya á despuntar el alba de el día 12 de octubre de 1492; día memorable en los fastos de España, y Colon impávido sobre cubierta, sin descansar un momento, sin dejar un punto sus observaciones, esperaba el sol que iba á presentarse en el horizonte, á pesar de que seria tal vez el último que viese.

No desmintió este grande hombre en tan críticos momentos la serenidad y constancia que tan acreditadas tenia en sus largas expediciones y asombrosas particularidades de su vida. Lo terrible de su situacion en nada descompuso la magestad de su semblante, la viveza de sus ojos, ni la nobleza y gallardo ademan de su persona. Mas admirable se manifestaba aun la grandeza de su alma, la intima conviccion del resultado de sus estudios é indagaciones y la firmeza inalterable con que supo resistir á la adversidad. Todo anunciaba á Colon que su fin



estaba cercano, y sin embargo, tranquilo y resignado confiaba en que Dios cuya proteccion se deja sentir en todo el universo, le libertaria de la muerte ó le haria mas suave su camino. No eran solo los conocimientos científicos los que enriquecian á un hombre como Cristóbal Colon; sus ilustrados sentimientos religiosos y su honradez le merecieron el aprecio hasta de sus mismos enemigos á quienes exasperó mas que otra cosa la desconfianza que le acompañaba en el ejercicio de su autoridad. Colon, olvidándose pronto de su origen extranjero, no supo atemperarse tal vez á la fiereza y altivo carácter de los españoles de su época; pero si estos le causaron algunos disgustos, en cambio los historiadores de nuestra patria han vuelto por su honor; le tributan y tributarán eternos elogios.

Al primer crepúsculo matutino ya se notaba en la nave la agitacion precursora de un grande suceso. Colon adivinando la causa, salió al encuentro de los amotinados para decirles:

—Bien sé lo que deseais: pronto estoy y no he olvidado la promesa que os hice. La muerte no me es sensible, solo si el que no querais coadyugar á mi empresa cuando tan próximos estamos á terminarla. Prometedme que seguireis.....

Estas palabras del almirante que recuerdan á la turba el motivo de su descontento, enfurecen mas los ánimos: horrendos gritos de muerte resuenan en los aires, las espadas brillan amenazadoras, y los poco adictos á Colon dudan, si se opondrán á sus compañeros para morir con él, puesto que era imposible salvarle. Una lucha atroz va á verificarse con todo el furor de las pasiones desencadenadas, sobre las frágiles tablas de un navio, llevado á merced de los vientos entre el cielo y el abismo, sobre las olas del mar. A favor de aquel desor-

den, algunos logran asir al almirante que se prepara á la suerte que le espera.

—Lancémosle al agua gritan, y perdida la subordinacion, le empujan, le arrastran sobre cubierta. Ya van á precipitarle en el abismo cuando un imponente cañonazo, el primero que se oía en aquella parte del mundo, retumbó en la inmensidad del espacio y ¡tierra! gritaron de lo alto de las gabias... ¡tierra!... ¡tierra!

En efecto, los rayos del sol se reflejaban de color de púrpura en una banda de territorio que empezaba á manifestarse por la parte de occidente: aquella era la tierra adivinada por Cristóbal Colon, y descubierta ya por la carabela *Pinta*, cuyo cañon dió la señal apetecida. ¿Qué acento es capaz de espresar la admiracion, la sorpresa de aquellos hombres que próximos á perecer, se veian de repente salvos con la encantadora aparicion de la tierra? El peligro habia desaparecido, se desvanecen los temores, y la furia y rencor de aquella gente se convierten en mansedumbre y humillacion. Las espadas se les caen de las manos, en su semblante, en sus miradas se revela su confusion y su arrepentimiento, y avergonzados no les queda resolucion mas que para humillarse á los pies del almirante.... ¡Colon estaba vengado!

El héroe que habia visto con ánimo sereno las espadas dirigidas contra su pecho y el abismo abierto á sus pies, no puede entonces contener su emocion y las lágrimas corren abundantemente por sus mejillas. Olvidando todo cuanto acababa de pasar, esclama:

—Compañeros, á Dios solo, son debidas las gracias por tan insigne beneficio, y habernos guiado á esta tierra de salvacion. Saludémosla con cánticos de agradecimiento y alegría.

Entonces toda la tripulacion, descubierta la cabeza á ejemplo del almirante, entonó en fervoroso coro un cántico sagrado. Sus versículos eran repetidos desde la cubierta de las otras dos carabelas, la *Pinta* y la *Niña*, que para recibir órdenes, se habian acercado y navegaban de conserva con la capitana, y el eco de las voces de los marineros iba resonando por el piélago salado á perderse en las costas lejanas.

Entre tanto la nueva tierra se presentaba en mágico panorama á los españoles, que habiturados por tantos dias á no ver mas que agua y cielo, no podian apartar su vista de aquel cuadro encantador.—Las tres naves plegaron algun tanto las velas para llegar lenta y magistuosamente á la costa, donde ya se veian algunos habitantes desnudos y de bronceada piel, correr y reunirse en grupos á el aspecto de aquellas extraordinarias máquinas que venian por el agua. El sol que se manifestaba en todo su brillo, doraba con sus rayos las peladas cimas de las montañas que dominaban la isla. En su falda se veian otras colinas menos elevadas, cubiertas de oscuros y magistuosos bosques. Estas colinas descendiendo en anfiteatro hasta la orilla del mar, ofrecian praderas y cañadas cubiertas de ricas plantaciones en que descollaban nuevos y variados vejetales. Las gotas de rocío suspensas en las abundantes hojas de aquella risueña vegetacion, parecian perlas teñidas de mil colores por la transparente luz que las envuelve. Distinguianse algunas chozas medio ocultas entre la selva, y aves de nueva especie, discurriendo por la arboleda ó viniendo á reposar en los palos de las naves animaban este paisaje encantador, con la armonia de sus trinos y la belleza de su plumage. Ni un soplo de viento arrugaba entonces la superficie del Oceano, cuyas transparentes aguas teniendo á las naves como suspensas en el aire, dejaban ver peces dorados que cruzaban por todas partes al traves del fluido cristalino y luego allá en el fondo, jardines de corales, y conchas de vivos colores sobre fondo de blanca y finísima arena.

Los españoles bajaron á tomar posesion de aquella

tierra á la que Colon llamó de San Salvador, por haber sido su áncora de salvacion en aquel día. El almirante teniendo en una mano la espada y en la otra el estandarte de Aragon y de Castilla, le enarboló en las americanas playas y acompañado de los capitanes de las otras dos carabelas, Martin Pinzon y Vicente Yañez, con las banderas de sus respectivos buques, tomó solemnemente posesion de aquella tierra por los Católicos reyes de España, en presencia de cuantas personas venian en las naves y de los indios que absortos lo miraban. Desde entonces se fijó en el nuevo mundo el estandarte de la cruz y empezó para la España una nueva serie de glorias y laureles. Entonces fué cuando en las americanas playas resonaron las voces de los españoles, que saludaban al pabellon de Iberia, tremolado por el almirante y aclamaban á su reina Isabel la Católica.

V,

Ocho meses despues, se elevaba en la plaza de Barcelona un trono magnifico en el que los Católicos reyes, don Fernando y doña Isabel, habian resuelto recibir á Cristóbal Colon. Habiase ya divulgado por toda España la noticia del feliz regreso del atrevido navegante, y el feliz resultado de su expedicion, que tenia algo de milagroso, habia conmovido fuertemente los ánimos. Todos ansiaban contemplar las facciones del hombre extraordinario, colocado por la pública opinion á la cabeza de su siglo: desde su desembarco en el puerto de Palos, hasta llegar á Barcelona, donde se hallaba la corte, las poblaciones enteras salian á su encuentro y por satisfacer esta ansiedad general, tanto como por dar á el almirante una prueba de su afecto, habian resuelto los reyes, recibirle pública y solemnemente, haciendo de este acto una verdadera fiesta nacional.

Colon habia vuelto á pasar grandes trabajos y peli-

gros, y si azarosas fueron las circunstancias de su primera navegacion para descubrir el nuevo mundo, no menos dificultosas fueron las de su regreso. Perdida una de sus naves y estraviada la otra, tuvo que afrontar las borrascas del proceloso Oceano en la mas endeble y cascada de sus carabelas. Perdió durante la tempestad, hasta la esperanza de dar cuenta en Europa de sus importantes descubrimientos, y para que no fuesen de todo punto perdidos, tuvo que trazar apresuradamente una relacion de los mas notables, para confiarla dentro de un barril á merced de las olas irritadas. Por esto si era grande la alegría de la corte y pueblo de España al recibirle, no era menor la que el almirante experimentaba, viendo asegurado el fruto de sus fatigas.

El acompañamiento de Colon bastaba por sí solo á escitar altamente la curiosidad de los españoles, como que ofrecia el espectáculo mas nuevo y extraordinario que se habia visto en Europa. Abrian la marcha diferentes Indios traídos de las diversas islas que habia visitado, y vestidos á la usanza de su respectivo pais. Unos llevaban en las narices y orejas los extraños adornos de oro que en ellas se ponian, otros ostentaban los plumajes de colores y telas de algodón que ellos formaban, y aun habia algunos con el cuerpo cubierto de extraños y caprichosos dibujos estampados en la misma piel. Venian despues las armas, arcos, flechas, mazas y picas con fuertes espigas de pescado, que usaban los naturales; las producciones de la naturaleza y del arte en aquellos remotos paises; ovillos de algodón, plumas, cajas de pimienta y otras semillas, y algunos papagayos encaramados en cañas muy altas. Por último se llevaban ostentosamente las muestras de todo el oro que se habia podido adquirir, así en granos, como en placas, hojas y adornos trabajados por los Indios.

Colon al subir al trono de los reyes, quiso arrojarle á sus pies; pero don Fernando se levantó prontamente á



impedírselo y le echó los brazos al cuello, con muestras del mayor aprecio.

Hicieronle despues tomar asiento en un sitio que le estaba preparado, y en medio de un profundo silencio, empezó la narracion de todas sus aventuras y descubrimientos desde que habia salido de España. Este interesante relato y la manifestacion de las riquezas que traia, dejaron tan asombrados á los circunstantes, que á ejemplo de los reyes no pudieron menos de dar fervorosas gracias al cielo, que tanta gloria y prosperidad habia reservado á la España.

Los reyes Católicos confirmaron solemnemente á Colón las promesas que le habian hecho, le dispensaron nuevos honores y concediéndole título de nobleza para sus hijos y sucesores, decretaron que orlase el escudo de sus armas con este significativo epigrafe:

Por Castilla y por Leon
Nuevo mundo halló Colon.

Los grandes de España, los prelados, y los cortesanos dispensaban á Colon los mayores obsequios, y hasta los mismos que antes se habian burlado de sus proyectos, procuraban entonces á fuerza de atenciones, hacerle olvidar su ruin proceder.

Tales fueron las interesantes circunstancias que acompañaron al descubrimiento del nuevo mundo: suceso grandioso, único en la historia de las naciones y origen de esa gloriosa série de conquistas que hicieron los españoles, hasta dejar completamente afianzado el pabellon de su patria en aquellos remotos países.

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

LA MODA.

Reina del mundo, diosa de la sociedad universal, ídolo del bello sexo, manantial inagotable de riquezas, origen de grandes pobreza, causa de muchas satisfacciones, motivo de no pocas lágrimas, fantasma que persigue á los maridos, asusta á los padres y pone de mal humor á los tutores, adorno de la belleza y juventud, disimulo y único consuelo de la fealdad y los años, yo te saludo: yo te aclamo invencible, yo rendiré una ofrenda mas á tus pies, yo presentaré en tus aras un pequeño sacrificio ademas de los que como mortal te ofrezco diariamente; yo te dedico este pequeño articulo, porque *moda* es ya que todos escribamos, y yo quiero tambien entrar en esta moda; y he aqui como sin querer te he nombrado, he aqui como he dicho á mis lectores que el objeto de mi articulo es la *moda*, esa palabra tan repetida y usada, esa diosa que ha invadido el santuario, ha subido á los tronos, ha penetrado en los claustros, pasea las calles, entra en las chozas, y en fin afecta á todas las clases de la sociedad, porque yo creo que por la *moda*, porque todos entramos mas ó menos en ella, se dijo aquel tan sabido refran: *todos tenemos nuestro diablillo y los frailes en el cerquillo*; ó lo que es lo mismo, que no hay ninguno ni tan pobre, ni por su estado y condicion tan ageno de pretensiones, que no tenga alguna cosa que sea *moda* entre los de su clase, y que use para engalanarse y parecer mejor, que es el objeto de la *moda*. Ciertamente que no va menos engreida la jóven aldeana con sus sartas de vidrio, con su falda de algodón ó tosco sayal, con su lizo ó peineta de simple cuerno, que la elegante dama de la corte con su rico aderezo de brillantes, el traje rozagante de seda, y finísimo velo de encage que ondea desde su delicado sombrero, y una y otra se han propuesto el mismo objeto, esto es aumentar sus gracias y belleza natural; darse mas tono y escitar la envidia de las demas; y llamar la atencion ya del que calza el rudo zapato de cuero y pardo botin, ó del que descubre la charolada bota brillante como el azabache por debajo del finísimo pantalon sedan, y no hay duda en que estos son siempre los fines del que usa la *moda*, como lo esplicó excelentemente nuestro Iriarte en la siguiente coplilla.

Quien se acicala y repule
y presume en el vestir,
ó quiere que gusten del,
ó gusta mucho de sí.

Mas no se crea que este, (que no se si le llame vicio ó necesidad) es cosa de nuestro siglo ni de señaladas épocas ó países; su fecha data desde el principio del mundo, y me atrevo á asegurar, sin temor de que testigos presenciales me desmientan, que Eva, á pesar de no tener competidoras, en medio de su tragesencilísimo, ya supo arreglar su ceñidor ó tonelete con cierta coqueteria que mas de una vez arrebató las miradas de Adán hacia la hoja de higuera, primera materia que tuvo la gloria de servir de adorno á la belleza, de guarda á la honestidad, y de joyel á la decencia. Desde entonces hasta ahora no han hecho mas que variarse y multiplicarse los objetos de la *moda*, que por necesidad han de aumentarse cada dia segun que el trato mas frecuente de unas naciones con otras, la civilizacion, la comodidad y los adelantos en las artes van dando pávulo y estímulo á esta pasion, de la cual no hay nadie que no participe.

Lo que mas particularmente ha llamado mi atencion es el nombre, porque siendo (aunque no sea esto echarla de etimologista) derivado de la palabra latina *modus*, y significando ella misma el modo de vestirse, comer, edificar, andar, ect. segun el uso últimamente introducido, pudiera muy bien haberse conservado masculino, pero sin duda el inventor de esta palabra, el que enriqueció con ella nuestra lengua; quiso darle el género femenino, porque comprendió toda la veleidad, coqueteria é imaginacion que ella encierra, sin que por esto se enfaden las bellas por la parte que del dicho género les toca.

Bien quisiera, para satisfacer la curiosidad, particularmente de mis lectoras, poder formar la historia de la *moda* desde las toscas pieles que substituyeron á las hojas de la higuera, hasta los chales elegantes de nuestros dias, y describir el traje sencillo de las espartanas, el voluptuoso de las demas griegas; el al principio moderado y despues lujosísimo de las romanas, para ir descendiendo y analizando por épocas nuestros dengues, tiranas, tontillos, guarda infantes, mantos de tapadas, cofias, redecillas, manguitos, y demas cosas que en cada uno de los siglos han formado el adorno principal de las bellas, pero ademas de que

esto es superior á mis fuerzas, me he propuesto otro objeto mas útil, que es, considerar la moda en sus relaciones con la moral, y con la política. En lo primero tal vez se desarraigarán muchos errores, se tranquilizarán muchas conciencias, y se evitarán muchos males morales, y en lo segundo se manifestarán los bienes y males que la moda puede causar en la política de las naciones. Reflexionemos, pues, sobre su influencia moral.

Muy pocos han sido los hombres, que al escribir sobre asuntos morales, hayan tenido bastante filosofía para desentenderse de la edad, temperamento, estado, y aun de la época en que han vivido. El anciano ha mirado como excesivo y vicioso todo lo que el no habia disfrutado en la edad de sus goces: el jóven reputa ridiculez y rigorismo todo lo que opone un dique á sus caprichos; el sacerdote, aislado en medio de la sociedad, sin vínculos fuertes que le unan con ella, quisiera arreglarlo todo por la monotonía de su vida acompasada; y no pocos fijándose en una época determinada, en la que la historia presenta á su parecer mas ventajas y virtudes, todo lo quieren amoldar á ella, citándose como dogmas sus máximas y ejemplos, equivocándose notablemente en esto, que nunca puede servir de regla, porque ahora la sociedad tendria por inmoralidad que un eclesiástico tuviese públicamente una barragana, ó que nuestras córtés se ocupasen de las prostitutas; y hace tres siglos y medio las leyes sobre barraganas y sus hijos formaban parte de nuestros códigos, y las córtés señalaban trage á las mugeres públicas, para que todo el mundo las conociese. De esta falta de filosofía dimana esa variedad de opiniones sobre un mismo objeto, de aqui los extremos de fanatismo ó licencia, de aqui el caos en que se encuentran la mayor parte de los objetos morales, en particular los que no tienen una inmediata relacion con el dogma. ¿Y de qué objeto se ha escrito mas y con mas variedad que de la moda? ¿De cual se habrá hablado mas, que de ella? Llenos están los libros de invectivas y declamaciones contra este vicio de la sociedad; todos los dias resuenan amargas quejas señalando á la moda como causa principal de la ruina de muchos, de la pobreza general, y de la falta de buena fé y moralidad: mas aunque en esto hay mucha verdad, no lo es todo, y por desgracia en medio de tantas declamaciones, pocas establecen una regla fija, pocas producen convencimiento, cuasi ninguna logra su objeto, y la moda marcha siempre triunfante y victoriosa hollando las armas de sus contrarios, aunque algunas veces se han unido para combatirla todos los poderes del estado, produciendo el convencimiento, de que nada es bastante á poner diques al capricho, nadie puede impedir que se adopte lo que aumenta los atractivos y proporciona comodidades, y los adelantos fabriles, los objetos que inventan las artes han de romper por todo y han de lograr su época. ¡Cuánto no se clamó en los reinados del emperador Carlos V y de Felipe II contra el uso de los coches! ¡Cuántas leyes suntuarias no se han dado desde que madama Margarita esposa del príncipe don Juan trajo de Flandes el primero de cuatro ruedas! (1) Y sin embargo, ¿se logró impedir que se generalizase este ramo de moda y comodidad? Todo lo contrario; los clamores fueron desoídos, las pragmáticas despreciadas, y los coches se mejoraron y multiplicaron prodigiosamente, y la moda fué mas poderosa que las leyes y las declamaciones. Tampoco las leyes suntuarias, ni las invectivas contra la moda han sido mas felices en la prohibicion de otros objetos pertenecientes al trage, á la comida, á los edificios. Se prohibia el uso de metales preciosos, y la pederria aun mas costosa los reemplazaba; se queria des-

(1) Este sea tal vez el coche que se conserva en la Armería real, y que se dice haber pertenecido á doña Juana la Loca.

terrar la grana, y las martas y pieles, y las costosísimas guarniciones de recortado, bordado y pespunte suplían su falta; se persiguieron los cuellos, y les sucedieron las golillas; en una palabra, por cada puerta que las leyes han cerrado á la moda, el capricho le ha abierto ciento; pudiéndose inferir, que la moda es una necesidad, una consecuencia indispensable de las inclinaciones del hombre, tal como es.

Bajo este concepto veamos si esta necesidad, si la moda en general, y considerada como en abstracto es un mal moral; y si pueden fijarse reglas que aseguren la inculpabilidad de seguir la moda, sin que el que la usa falte á la moral y á la religion. En cuanto á lo primero aseguramos sin titubear que la moda no es contra la moral, porque todos los objetos que encierra la naturaleza están destinados al servicio del hombre, sin que ninguno de ellos sea determinadamente malo ó contrario á la moral, asegurando santo Tomás, que en las cosas exteriores que usa el hombre no hay vicio alguno. (2.) Mas como desgraciadamente el hombre tiene esa tendencia á abusar de todo, á viciarlo todo, usa inmoderadamente de los objetos, los encamina á fines contrarios á la religion, y en esto está el mal moral, en esto el pecado, y de aqui la necesidad de prescribir reglas á la moda.

Con muchísimo tino y sabiduría las comprendió todas, y no dejó nada que dudar santo Tomás en el artículo que hemos citado, y como sabemos que su autoridad ha de ser respetada hasta de las personas mas timoratas, sus palabras nos servirán de base. Ha habido algunas modas que siendo por sí mismas deshonestas promovian la liviandad, y estas no solo las repudia toda sociedad culta, sino que debe detestarla toda persona que tenga alguna estimacion de si misma, porque es claro que no pueden usarse sino con algun fin siniestro é immoral. Otras, como el uso de las antiguas cotillas, eran manifestamente contrarias á la salud, y tanto las unas como las otras están fuera de la regla general en la cual no debe comprenderse lo que es esencialmente malo é immoral. Pero todas las que no se hallan en este caso, no solo pueden usarse libremente, sino que es necesario usarlas, siempre que no sea con exceso; pues á la moral y á la sociedad se falta tanto por lo menos como por lo mas, y en uno y en otro hay exceso, porque siempre es vicioso lo que es estremado.

Dijimos al principio que el objeto de la moda en el vestido era el ornato de la persona que desea agradar, y en esto no hay vicio, porque la soltera ha de proporcionarse colocacion; la casada necesita aumentar sus gracias para que no decaiga el cariño de su esposo; la viuda ó vuelve á las pretensiones de soltera si es muy jóven, ó ha de hacerse amar y respetar de sus hijos y criados si no lo es; y en fin la anciana necesita de ornato, para que los años y las arrugas unidas á la ridiculez y desaliño en el trage, no la rechacen de la sociedad, no la acarrean el desprecio y befa de sus inferiores.

Aun hay otra razon que obliga á seguir la moda, el deber que cada uno tiene de conservar su rango en la sociedad; porque es muy cierto, que la persona de mas alta alcurnia, de mas elevada esfera, vestida con un trage ridiculo ó miserable con relacion á su clase, sera despreciada de los que no la conozcan y zaherida y ridiculizada de los que la conozcan; porque fea es y ridicula cualquiera parte que no armoniza con su todo.

Segun esto me se dirá, no puede haber vicio en la moda por su objeto. Los puede haber, y muy grandes en separándose de los fines indicados. Porque á que consecuencias tan perjudiciales no se espone la jóven que se adorna y repule no para merecer un amor casto y honrado, sino para dar pábulo á su coqueteria, para lle-

(2) 2.ª 2.ª g. 169, art. 1.ª

var en pos de sí un enjambre de galanes, á quienes cree burlar, y de quienes acaba por ser victima! Las casadas si tienen en sus galas otro objeto que su esposo, ¿no se abren un abismo á sus pies, no son el fútil extremo de la inmoralidad? Y que cosa mas ridículamente inmoral que la ancianidad cubierta de perfumes y tintes para disimular sus años, y ostentando en sus maneras las pretensiones y aun vicios de la juventud? ¿Y no causa lástima la estupidez de los que llegan á infatuarse con el vestido, los que todo lo emplean en el adorno del cuerpo dejando enteramente desnuda su alma? ¡Ah cuán común es inmortal este vicio! En teniendo aire de finura, elegancia en sus maneras, gracia para calzarse el guante, llevar el frac, y hacer un saludo, ya es un joven brillante, aunque bajo aquella linda corteza se ocultan la ignorancia mas crasa é ideas mas inmorales, como sucede en lo general, porque sus almas incultas no producen mas que los cardos de la depravacion de la naturaleza corrompida.

Noson tampoco menores los vicios que resultan por defecto. Por desgracia se ha creído que para evitar los defectos de la moda, para cumplir con la religion en lo relativo al traje, era necesario caer en el ridiculo. No es miánimo reprobador la conducta de aquellos, que entregados enteramente á Dios caminan por la senda de la completa abnegacion de sí mismos, y al tenor de su traje van arregladas todas las demas acciones de su vida: pero es necesario no olvidar que no solo en el esplendor y pompa de los trages, sino en las mismas manchas y vestidos groseros puede haber jactancia, tanto mas peligrosa, cuando engaña bajo el nombre de servicio de Dios, (1) que nos manda lavarnos y ungirnos, y no aparecer como hipócritas en el traje de tristeza. Pero en la mayor parte de los que toman por punto de moral y virtud el apartarse de la moda ¿á qué conduce el traje ridiculo, el pelo desaliñado, el cuerpo inclinado ó torcido, el andar en extremo grave ó demasiado precipitado, el mudar de voz, el no mirar al rostro, el huir de todas las conversaciones, salvo las que versan sobre murmuracion, porque entonces se desuella á todos los que no piensan, visten y andan como ellos? ¿Y que males no suele producir este vicio en las familias? Si es el padre ó madre el que ha caído en esta estremada ridiculez, cada vestido, cada pañuelo que hay que comprar cuesta una reyería terrible, el hijo huye de sus padres y se avergüenza de reconocerlos ante la sociedad; busca, tal vez por malos medios, quien le proporcione fuera de su casa lo que en ella se le niega, desea con ansia sacudir el yugo de la autoridad paternal y no pocas veces les obliga á abrazar un partido ruinoso y desesperado; el esposo llega á aborrecer y fastidiarse de la esposa por fanática; la esposa sufre un martirio prolongado, y no pudiendo alternar en la sociedad que rechaza su traje, maldice su suerte, se abandona al desaliño, y muere de melancolia. Ah! cuántos males por una máxima de moral exagerada ó malentendida! ¡Cuánto mejor es conformarse con la moda, con tal que no sea con exceso! Si hay que ir vestidos, ¿que importa para la virtud que el traje sea blanco ó azul, que la mantilla sea mas ó menos larga, que el pantalón esté con trabilla ó sin ella, y que el levita lo haya cosido Utrilla ó un sastre de aldea? De lo dicho, pues, se deduce claramente que el conformarse con el traje de moda, en nada se opone á la buena moral, si en ello no nos proponemos un fin ó objeto vicioso.

Otro exceso hay en la moda, que es el demasiado lujo en los trages; pero estos no son los que constituyen el vicio sino con relacion al estado de la persona y á sus bienes materiales, porque claro es, que lo que en unas personas es gala superflua y viciosa, será en otras una cosa indispensable y aun pobre. Un aderezo de brillantes, que

arruina á la familia de un artesano, es una cosa insignificante en un monarca, y que no desdice en un grande ó en una persona rica. El exceso vicioso, pues, estará en usar aquellas cosas que escuden el estado de cada uno, y los bienes con que cuente; y las causas de este vicio moral son el orgullo, el deseo de parecer en la sociedad mas de lo que realmente somos, el afán de confundirse las clases, para obtener las mismas ventajas. Mas este deseo es irrealizable, y la persona que no le contenga se arruinará sin remedio, y cometerá mil faltas contra la moral, sin que jamás logre ver su pasion ni medianamente satisfecha. Porque el que se empeña en competir con las clases mas elevadas y ricas, logrará ponerse un vestido, un pantalon, un traje completo que las iguale: ¿pero podrá unir á esto el costoso aderezo, las ricas blondas, los relojes, cadenas, anillos, y tantas otras preseas de un valor crecidísimo, que para obtenerlas habria de empeñar la fortuna de toda su vida? Y aun cuando logre reunirlos por una vez, ¿podrá sostenerlos, podrá seguir el impulso de la moda, tan varia como el capricho de millones de personas, y á la que están interesados en presentarle objetos todas las naciones del mundo, todos los productos de la naturaleza y del arte? Es muy claro que no, porque esto seria querer seguir corriendo por la tierra el rápido vuelo del águila que surca á su placer los vientos, y el que tal intentase caeria sin fuerzas, y ni aun su vista podria seguir largo rato el objeto de su afán desatinado. ¿Y no escitaria nuestra risa el que en tal absurdo se empeñase? Pues ese es el término infalible del que quiere seguir sin muchas riquezas el rápido curso de la moda. Cuando sus fuerzas comienzan á agotarse es un elegante de retazos, donde se vé por entre un rico chaleco una camisa de un cabador, por debajo de una costosa mantilla de encage, se entrevee un pañuelo que ha perdido su color, y al que los zurcidos sirven de bordado de un género nuevo; en fin es lo que se llama un *lechuguino* ó *lechuguina pobre*; y aun esto le durará muy poco tiempo, sus esfuerzos últimos le han arruinado para siempre, se vé sumido en una pobreza espantosa, la sociedad se rie y burla de su locura, pero sin compadecerle; mientras que él vé con furor alejarse el ídolo de sus deseos, cae en la desesperacion, conociendo ya demasiado tarde, que por querer parecer mas de lo que era ha venido á ser menos de lo que es. ¡Oh que vergüenza! ¡qué horror!

Y á cuántas inmoralidades, á cuantos vicios no arrastra este orgulloso deseo de igualdad en el traje! Ademas de las infinitas desazones, disgustos y riñas que ocasiona en las familias; ademas de las muchas y sagradas obligaciones que quedan en abandono por que no falte un ápice en el vestido ¿cuántos han vendido su secreto, su honradez, la justicia y aun el bien de su patria por el solo deseo de sostener ó aumentar su lujo! ¡Cuántas virtudes, que habian resistido los combates de la seduccion del amor, y aun del dinero, han naufragado á vista de un traje, de un aderezo, de un objeto de moda! ¡Cuántos tálamos nupciales se han manchado á vista de una gala, que la honradez del esposo no podia adquirir!

Pero si estos gravísimos males no son bastantes á contener los excesos, aun hay una reflexion mas poderosa, y es, que el que cae en este vicio moral, el que sale de la esfera de sus facultades en el traje, jamás logra su objeto, por que cuanto mas de moda, cuanto con mas lujo se presenta, mas escita la curiosidad, que se esfuerza en averiguar el estado, condicion y facultades de la persona; el lograr esto es obra de muy poco tiempo, y entonces desaparecen todas las ilusiones que habia causado lo rico y elegante del traje; sobreviene indudablemente el desprecio de la persona, á quien se le suponen inmoralidad, malas costumbres, y fines si-

(1) San Agustín sermon de J. C. en el monte.

niestros. Millares de ejemplos tenemos todos los días que nos demuestran esta verdad, y muchas jóvenes que por su belleza y buenas prendas hubieran conseguido un partido razonable han ahuyentado con su lujo, á sus apasionados de buena fe; y otros cuya conducta tal vez sea intachable, han perdido su reputacion por sus excesos en la moda; y no pocos han comenzado por aquí la carrera de la inmoralidad y perdicion.

Sígame, pues, la moda enhorabuena, arréglense los trages al gusto de la época, al capricho de la sociedad, pero gaste cada uno en proporcion de lo que tenga, no quiera el artesano competir con el grande, ni el artista con el banquero. Aun en una mi-ma clase no quiera el pobre competir con el mediano, ni este con el rico; no se proponga mas fin en su adorno que aquellos que la

religion no prohibe; y aunque en la hechura, en el color, y en la manera se conforme exactamente con la moda, siga el uso de la sociedad, procure parecer bien, no tema faltar á la moral, y ofender á la religion, porque segun hemos demostrado, el hombre tiene la obligacion de ser curioso, decente, y decoroso, y de conformarse con los usos de la sociedad en que vive.

Mucho mas pudiéramos añadir á las consideraciones que anteceden, pero tememos cansar á nuestros lectores, mucho mas, cuando tenemos que ocuparnos aun segun hemos indicado, de la moda considerada en sus relaciones con la política, lo cual cumpliremos en otro artículo.

J. Q.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN.

Levantados los manteles y retirados los criados, rogamos á Eduardo que nos refiriese la anunciada historia, y él lo hizo del modo siguiente:

En Madrid, donde he residido estos últimos años, visitaba la casa de una señora viuda, jóven, amable, rica, de talento é instruccion: tenia yo todo el derecho que á cualquier ciudadano soltero conceden la ley y la costumbre para aspirar á ser bien quisto de una viuda, y le ejercía con toda la petulancia y mal resultado de un mozo de poco seso: la viudita por su parte usaba tambien del derecho de no hacerme caso, y á esta mortificación se me añadía la de figurarme que cierto inglés, rico y flemático, que frecuentaba la casa, se asemejaba á mí en la intencion de sus visitas, y se diferenciaba mucho en cuanto á las probabilidades de buen éxito. Era el tal hijo de Albion hombre de arrogante figura, de madurez filosófica unida á una imaginacion florida, hablaba mal nuestra lengua, pero se explicaba divinamente (y eso que yo nunca le oí explicarse con la viuda) habia viajado mucho y adquirido una instruccion nada vulgar. Tenia el arte de amenizar la conversacion mas árida y trivial, sus observaciones eran siempre ingeniosas ó profundas, sus réplicas tan mesuradas como justas, esponia siempre francamente su opinion, contradecía alguna vez, pero no disputaba nunca. Yo no sé si era el diablo, pero lo cierto es que jamás andaban nuestros pareceres acordes; si hablaba el inglés, argüía yo en contrario, si hablaba yo, nunca le faltaban á él objeciones: la imparcialidad histórica me obliga á confesar que era yo las mas de las veces vencido, y como tal, irritado; tanto mas cuanto la viuda celebraba los triunfos de mi adversario con ciertas sonrisitas de aprobacion, que en mí producian el mismo efecto que una buena dosis de rejalgos.

Un día tomó el inglés la palabra para ponderar la diferencia entre nuestros usos y los de los demas pueblos de Europa, en punto á comida y mesa.... En España, decia, se come poco generalmente y se come mal. Se mira lo que en otras partes es un placer de refinada cultura, como la mera satisfaccion de una necesidad. Se está poco tiempo en la mesa; el servicio es de poco lujo, la asistencia de los criados imperfecta y rústica; los manjares son poco delicados; el arte de cocina no se cultiva; los buenos vinos son poco estimados y los

mejores de Europa casi desconocidos; no se crían las aves ni se engordan los ganados espresamente para las delicias gastronómicas; no se aprecia la infinita variedad de pescados y mariscos; no hay el gusto de aquellas delicadísimas salsas francesas, ni de aquel picante apetitivo de las inglesas; no hay para comer ceremonias especiales, tono de conversacion especial, ni aquella alegría urbana que reina en los convites estrangeros; los hombres no aciertan á ser obsequiosos, ni las damas suelen poseer el arte cisoria; no se presentan las frutas en la mesa adornadas con el gusto esquisito del jardinero, ni la reposteria embelesa la vista antes que el olfato y el gusto con su pintoresca arquitectura; no hay aquella variedad de formas y colores de vasos apropiados á cada vino diferente, feliz é inequívoco anuncio para el comensal aficionado, ni las distintas clases de cervezas inglesas, francesas, y alemanas, alternan en apagar la sed de los comedores, y restablecer sus fuerzas gástricas.—Por este estilo siguió mi hombre haciendo un paralelo tan poco favorable como justo; yo que estaba inflamado entonces (ahora no) de aquel obcecado patriotismo, que consiste, no en desear introducir en España la civilizacion, sino en dar por supuesto y asentado que todo lo español es bueno y todo lo estranero malo; llevado ademas de la cólera que naturalmente escitaba en mí cuanto el inglés decia, tuerto ó derecho, le interrumpí descortés, y comencé mi impugnacion por el método mas cómodo, que es el de negar los hechos; y en altas y rotundas voces declaré que en España, se comia tanto y tan bien, y las mesas eran servidas con tanta finura y delicadeza, como en cualquiera parte (verdad es que yo no habia estado antes de aquel tiempo en ninguna parte). Mi cachazudo contrincante, que dentro y fuera de España habia visto mas que yo, no se detuvo en replicarme que le parecia que estaba equivocado, y citándome las mejores mesas de Madrid y otras principales ciudades de España que él habia frecuentado, me hizo observar que eran otras tantas escepciones á la regla general de la costumbre española, y que por ser, ó casas estrangeras, ó personas que habian traído de tierras ultra-pirenaicas su método de vida, así como por su corto número, no podia fundarse en ellos la asercion de que el comer bien fuese en España uso corriente.

Derrotado yo en este terreno, apelé al segundo recurso *patriótico*, que fué el de defender como virtud lo que en realidad es pobreza, suciedad y falta de cultura: pronuncié con énfasis orgulloso las palabras *sobriedad, frugalidad, templanza, sencillez y modestia*:

cité á Fr. Luis de Leon en verso, á santa Teresa en prosa, presenté como modelos mil santos cenobitas y padres del yermo; me mostré furioso enemigo de la gula, y de la intemperancia, hablé con entusiasmo del ayuno eclesiástico y de la dieta higiénica, calumnié á dos pueblos respetables diciendo: que no habia inglés ni francés que no se levantase borracho de la mesa, como si yo lo hubiera visto muchas veces; en fin, hice lo que todo el que discute mal, sacar la cuestion de quicio, exagerar, y no probar, para quedar ufano con cierta apariencia ó sombra de razon. Para remachar el clavo hice personal la cuestion general y abstracta, y dije, que me parecia un esceso irracional indigno del hombre, entregarse á los placeres refinados de la gastronomía, y que yo (este yo articulado como para decir el que me contradiga ó me desapruebe me insulta) no acostumbraba á hacer mas que un ligerísimo desayuno de chocolate y una poca comida de sopa, cocido, alguna otra friolera y unos postres: que nunca cenaba, y que en mi mesa jamás se veian vinos, ni licóres, con cuyo régimen me ahorra de esos caldos, nocivos mas que digestivos, tales como el café, el té, y la cerveza.—«A mi, respondió el inglés con gran sosiego, me sucede todo lo contrario. Tengo un buen cocinero, y diariamente estoy desafiando su habilidad: procuro cubrir mi mesa, aunque sin profusion ni lujo, con variedad de manjares exquisitos; gusto de que celebren alianza sobre mis manteles el vino de Jerez con el de Burdeos, el Champagne con el Madera, el del Rhin con el del Cabo de Buena Esperanza; que la gustosa cerveza alemana fraternice con nuestro *ale* y nuestro *porter*; que cuando la aromática fresa de Aranjuez sale á plaza, reciba en señal de bienvenida, un asperges con el zumo de la naranja portuguesa y algunas abluciones del espirituoso licor que ha dado tanta reputacion á la Jamaica. Taxas de té son innumerables las que tomo al dia, como para justificar el excesivo gasto de sangre y de dinero que mi pais ha hecho en la guerra de la China: lo cual no impide que muchas tardes haga servir á los que favorecen mi casa un esquisito café que cierto amigo me envia de la perla de las colonias españolas;

Y para que mas grato el gusto adule

como dijo allí Inarco Celenio, me le hacen un poco á la manera turca, cargado y fuerte, y presentado en unas diminutas tazas que yo mismo traje de Constantinopla.

—«¿Quésensualidad! exclamé yo, notando que la viuda se relamía con la pintura y le iban entrando ganas de irse á casa del inglés á vivir á lo Sibarita.—Y quien así se hace esclavo de su paladar, no teme degradar la dignidad del hombre!

Unas visitas que entraban interrumpieron nuestro altercado; pero desde aquel dia ya no nos saludábamos de otra manera que diciendome él á mi «á Dios, señor frugal,»—y contestándole yo—«á Dios, señor gastrónomo.»

No pasó mucho tiempo, cuando cierta mañana el inglés necesitó de mí y fué á buscarme á casa. Oí su voz cuando le abrieron mi puerta, hice señas á los criados de que me negáran, y la cocinera que se halló mas cerca y habia salido á abrir desplumando un pavo, respondió: «El señorito ha almorzado hoy muy temprano y ha salido al instante.»—Y sabe vd. si volverá pronto?—No señor (replicó la maldita vizcaína, muy diestra en improvisar embustes) porque le ha sentado mal un pastel con trufas que le puse al almuerzo, y dijo que se iba á dar un largo paseo para digerirlo.

Retiróse mi inglés, muy persuadido sin duda de que yo me habia atracado de trufas en pastel; pero es lo cierto, que lejos de haber almorzado, tenia que ir justamente aquel dia en casa de un amigo, que á favor de su convite, queria hacernos tragar á unos cuantos llamados literatos, cierto drama insípido que se proponia

leernos. Antes de acudir á la cita de este almuerzo, pasé por casa de un abogado de fama á quien queria consultar por encargo de un corresponsal de Sevilla, la manera de embrollar cierta disposicion testamentaria mas clara que el sol de mediodia. Encontré al letrado en la mesa rodeado de su familia, devorando un succulento almuerzo; no queria yo hablar de pleitos en tan inoportuna ocasion, pero el jurisperito me dijo haciéndome mil instancias: «al contrario, amigo, en la mesa tendremos mas espacio: almorzará vd. con nosotros, y al mismo tiempo hablaremos, que, ó mal me han de andar las manos, ó hemos de arrancar la herencia de las de esa gente.»—(Esa gente llamaba él á los legítimos herederos).—Mil gracias, contesté yo, estoy convidado á un almuerzo literario, y no puedo escusarme.—¿Qué dice vd? Se almuerza ya en casa de los literatos! ¿dan ya convites los alumnos de las musas? Y luego negarán que España va progresando!—Pero á lo menos, añadió, tomará vd. por vía de desayuno una jicara de esquisito chocolate.»—Diciendo así me sentaron en una silla, me pusieron delante un cubierto, y me hicieron tan obstinadas instancias, que ya apurados todos los medios de defensa, me rendí al fin, temiendo que el letrado lo tomase á desaire, (era navarro). Me acerqué á la mesa, desdoblé la servilleta, partí pan, é hice lo que hace el que se dispone á comer mucho, pero resuelto en mi interior á solo llegar á los lábios la jicara y beber un poco de agua. Cumplido así, y entretanto se entabló la conversacion del pleito, que como todas las de su género fué larga y animada. En medio de ella, viendo que la señora de la casa estaba sudando y trasudando para trincar unas perdices estofadas, le pedí permiso de servir las; me apoderé de la fuente, empuñé la cuchara, única arma de que habia menester para aquellos ternísimos cadáveres, y ya me disponia á seguir mi relato, cuando entra un criado y dice: «Señor, ahí está el caballero inglés que trajo la letra de Barcelona.»—Que pase adelante.—Entró en efecto y vi no sin rubor y despecho que él tal inglés era como ya habrán vds. adivinado, mi susodicho inglés, ó por mejor decir el inglés, no mio, sino de la viuda. Miróme al soslayo y se sonrió; ¡que me maten, dije para mi capote, si este pecador no cree que estoy haciendo segundo almuerzo! Sea lo que fuere, no tuve tiempo de desengañarle, porque el abogado saliendo á recibirle con mil cumplidos, le introdujo á su despacho, y despues le dió salida por otras piezas interiores hacia la escalera.

Poco tardé yo en seguir el mismo camino y acudir á nuestro convite, todos estaban ya reunidos y al verme entrar uno de aquellos calaveras exclamó: amigo, acabo de hablar de tí.—Con quien?—Con un inglés conocido tuyo, cuyo nombre no diré ahora, porque es necesario para pronunciarle silbar, apretar los dientes, dilatar los lábios, y hacer vibrar la epiglótis, y como estoy en ayunas, no me hallo dispuesto á tales ejercicios.—¿Y que has hablado de mí con ese inglés? le pregunté un poco inquieto.—Nada: le he dicho, que teniamos un almuerzo á que tú asistirías, y que me alegraba mucho, porque eres de los tercios mas útiles para una comida, y que tenias felicísimas ocurrencias, sin perder jamás la cabeza aunque te bebieras seis botellas.—No es fácil ponderar lo que me mortificó aquella ocurrencia, acabándome de poner de mal humor la lectura del drama que nos probó lo fecundo é inestinguible que es el linage de don Eleuterio Crispin de Andorra.

Desde el almuerzo, es decir desde mi escazo y acibarado, y único almuerzo (tercero sin embargo por la cuenta de mi enemigo) volví á casa donde me entregaron dos esquelas: la una impresa y concebida en estos términos: El duque de.....espera del señor don Fulano le haga la honra de acompañarle á comer á las siete de la tarde de tal dia» (que era aquel precisamente).—La otra manuscrita de un íntimo amigo mio, decia de esta

manera: «Querido; pues que hace tanto tiempo que desearas una coyuntura de hablar despacio con aquella rubita consabida, vente hoy á las cuatro á comer conmigo y comerás con ella. No dejes de venir, porque no habrá muchas de estas ocasiones: además, son hoy los días de mi muger, y está furiosa contigo porque ni el año pasado ni este te has acordado de cumplimentarla; si no admites mi convite lo tomará á desaire, y ya sabes lo quisquillosa que es en tales materias. A Dios, tuyo ect. ect.»

Dos compromisos y los dos inevitables: ¿cómo había yo de perder un convite que tanto me honraba como el del duque, persona que siempre reúne en su casa lo mas culto y elegante de la sociedad madrileña! Por otra parte ¿como despreciar el bondadoso y doble obsequio de mi amigo, desairar y ofender á su esposa, y perder una ocasión que tanto había yo anhelado? Me eché, pues, á discurrir el medio de conciliar tales extremos, y luego dí en uno muy sencillo y natural: aceptaré ambas in-

vitaciones; todo se reduce á comer poco en la comida de las cuatro, y á comer mal en la comida de las siete. Así lo puse por obra: pero mi negra estrella me perseguía; sucedió... no sé si tendré valor para contarlo, que en el momento en que me hallaba mas complacido en casa de mi amigo, sentado á la mesa entre su mujer, y la consabida jóven, en el momento en que todos admirados de mi parsimonia en el comer me aco- saban con instancia por todos lados, presentándose el uno una fineza, el otro un bocadito escogido, cual una copa espumosa de champaña, y hasta un gracioso (en qué mesa de confianza falta un bufon?) un ave asada entera y verdadera: en aquel momento crítico, repito, en que todos pugnaban por cebarme, y yo cediendo á tan obstinados obsequios á pesar de mis propósitos, recibía y tragaba á diestro y á siniestro; alzo los ojos y veo aparecer en la puerta del comedor, como un espectro acusador, como vió Macbeth la sombra de Banquo, ¿quién?... la figura del inglés mi



perseguidor implacable, que sorprendiéndome en el que él juzgaria mi cuarto banquete, me clavaba una sarcástica mirada que parecía decirme: ¡Y eres tú, oh gloton insaciable! el fogoso apóstol de la frugalidad y la abstinencia!—Tanto me exasperó aquel cúmulo de casualidades, que ni aun pensé en dar explicaciones indirectas: el hombre con su acostumbrado tacto hubo de conocer mi malhumor y lo que su presencia me mortificaba, porque ni siquiera aludió al objeto de mi disgusto, y de allí á breve rato se despidió; sin embargo me pareció que era pulla dirijida á mí, cuando al reconvenirle mi amigo por que se marchaba tan pronto, respondió: «es que yo no he comido todavía y estoy convidado en una casa.» este una y aquel todavía me

sonaron muy enfáticos, como si quisieran significar váyase por el que ha comido en varias casas ya.»

Luego que se ausentó quedé tan pensativo que se me pasó la hora de ir á casa del duque. El reloj de palacio dando las siete y cuarto me advirtió de mi descuido. Echo á correr y llego cuando se acababan de sentar los convidados; acerquéme al duque, me deslice en excusas, pero él con su esquisita finura me sacó de todo embarazo, y presentándose con elogios excesivos á varios de los concurrentes, me volvió mi buen humor, que no es posible tenerle malo cuando está lisongeado el amor propio. Con esto ocupé mi asiento que subsistía vacante y marcado con mi nombre.

Gracias á Dios! decía en mis adentros, aquí no ven-

drá el inglés á perseguirme, porque nadie va á donde hay convite si no está convidado.—En efecto, nadie entró durante la comida, y yo estuve contentísimo, correspondiendo con aire jovial á todas las amabilidades del anfitrión, probando de todos los platos y de todos los vinos, celebrando el condimento de los unos y las calidades de los otros por hacerme agradable al dueño, que es otro de los grandes sectarios de la gastronomía. Tanto charlé y tanto hice, que á los postres ya me sentía fatigado de mi propia locuacidad, y para darle treguas me dediqué á observar en silencio á los circunstantes. Algunos de estos me eran desconocidos, y por curiosidad rogué al mas afable de mis colaterales que tuviese á bien decirme los nombres que yo ignoraba. Prestóse á ello con sumo gusto añadiendo informes que yo no había pedido, y recorriendo ambos así con la vista el círculo entero, vinimos á tropezar con un magnífico jarrón cargado de flores que adornaba la mesa por aquella parte y nos ocultaba un convidado.—¿Allí detrás; quien se esconde?—Un escelente perillan, respondió el maldiciente *cicerone*, un inglés que...—Inglés! exclamé sobresaltado sin aguardar á oír mas.—Sí, me dijo, y pájaro de cuenta: y debe de conocerle á v.l. porque durante toda la comida le ha estado observando á favor de aquel espejo.—Miré y vi que, en efecto, la casualidad ó mas bien el diablo, nos había colocado en los lados opuestos del ángulo de reflexion y del de incidencia, y que gracias al jarrón de flores, y al espejo, mi implacable adversario me había estado atisbando en emboscada.

Desde aquel momento no sé lo que me pasó, y cuando á las once de la noche me hallé solo en mi cuarto, me parecía haber despertado de una horrible pesadilla. Porque fatalidad extraña se había empeñado la suer-

te en hacerme aparecer á los ojos de mi contrario como un hombre que no tenía dificultad en andar de mesa en mesa! La mentira de mi cocinera, y el haberme visto asistir al almuerzo del abogado, la noticia del otro convite, y encontrarse por acaso el diablo del inglés en las dos casas en que estuve convidado á comer... eran otras tantas casualidades conjuradas contra mí. Pero aun no lo sabía todo.

Al día siguiente muy temprano me entró mi criado un periódico y un billete de uno de sus redactores, que decia de esta suerte:

»Amigo mío: anoche se te fué sin duda el santo al cielo ó faltaste á tu palabra ¡cómo pudiste dejar de asistir á la cena á que te habías suscrito dispuesta en celebridad de nuestra solemnidad universitaria? yo que á fuer de periodista no escrupulizo por mentiras de este género, te he incluido en la relacion que hago en mi papel de las personas que asistieron, porque en efecto aunque no estuviste debiste estar, ect.»

Al momento tomé la pluma y contesté, «Amigo mío, hazme el favor de remitirme lista de los suscritores que tenga en Madrid tu periódico, cuyo apellido empiece con W, pues deben de ser pocos si hay alguno.»—Enviola en efecto, y no contenia mas que este solo nombre: *Whitehandson (don Roberto) calle de tal, número tantos.*—Era mi inglés, era indudable que había leído aquella infernal mentira; era evidente que tras de haber creído que yo, su *dux fugax*, el enemigo de la glotonería, había almorzado tres veces, y comido otras dos en el mismo día, daba cima completa á tan brillante jornada con una cena de fonda entre estudiantes.

Válgame el cielo! exclamé desesperado ¡qué bien castigada está mi necesidad! y por otra parte, ¡cuán engañosas son las apariencias!

EL ESTUDIANTE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL GABAN

DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

Conclusion.

NOVELA HISTORICA.

V.

Triste y enfermizo pasaba sus dias abandonado de todos, y casi en la soledad el rey don Enrique. El pueblo oprimido por los regentes sufría en silencio dolorosamente sus vejaciones, y tal vez apenas en el hogar doméstico se atrevía á exhalar sus sentidas quejas. En los templos se dirigian fervorosas súplicas al cielo por la salud del rey, cuya muerte preveían todos atendido el mal estado de su salud, estado tal vez exagerado porque así convenia á las torcidas miras de sus tutores. Enrique continuaba saliendo á la caza, su ejercicio favorito, pero siempre lleno de sombríos pensamientos inspirados mas por el abandono en que se hallaba que por el quebranto de su salud. Hacia ya algun tiempo que el conde don Sancho á quien miraba con el afecto de hijo, no le seguía como antes al campo, por hallarse encerra-

do en su palacio sumido en la mas negra melancolía que había alterado sensiblemente su salud.

Un domingo que seguido el rey de su fiel camarero don Juan de Velasco, hombre que le profesaba el mayor afecto y que tenía numerosos vasallos y había adquirido en dote la villa de Villalpando, quiso antes de dar principio á su ordinario ejercicio de la caza, oír misa con su escasa comitiva en el convento de San Francisco situado en un despoblado cerca de Burgos. Los religiosos lo sabian desde la víspera, y así desde el amanecer las gentes de los pueblos inmediatos corrían de todas partes para ver y bendecir á su paso al joven rey, y cerciorarse por sus propios ojos del estado de su salud. Grande era la muchedumbre cuando la pequeña comitiva de el rey llegó á la llanura donde se halla edificado el convento. A una corta distancia de sus gentes para evitar el polvo que levantaban los caballos cabalgaban solos el rey y su camarero mayor. Uno y otro llevaban en la mano un alcon, y el palafrén del rey estaba magníficamente enjaezado. Treinta pasos detrás seguía su page llevándole la lanza. Al aproximarse á la capilla el guardian de los franciscanos salió á su encuentro con los principales religiosos de su orden. Don Enrique echó pie á tierra, y lo mismo hicieron todos los de la comitiva, apeándose al derredor del rey. Entró este acompañado de los religiosos en el templo, oyó devotamente la misa que celebró el guardian, y despues y al tiempo de despedirle—

—Cuán digna es de envidia, le dijo el guardian, la suerte de los pueblos que la bondad del cielo ha colocado bajo la protección de vuestro benigno poder! En que otro reino se verían como veis aquí tantas gentes que con la confianza de la paz de Dios, y la seguridad de los caminos han podido sin temor alguno salir á vuestro encuentro vestidos de fiesta, con sus mugeres y con sus hijos, esparcirse por medio de los campos y de los bosques con toda confianza, y dejar sus casas para contemplar de cerca un rey tan justamente querido? (1) Ni en Navarra, ni en Aragon ni en ninguna parte del mundo sino en vuestros dominios están los habitantes al abrigo de vuestra fuerza reglada por la justicia, templada por el temor de Dios, protegidos en el goce de sus bienes, seguros de su vida y de su libertad. En que otra parte podríamos nosotros, ministros del altar, como lo hacemos aquí, celebrar los santos misterios en una simple capilla que no ciñe un triple muro, que no rodean profundos fosos herizados de empalizadas á fin de preservar los vasos sagrados, y los ornamentos de la iglesia de la rapacidad impía de los feroces aventureros, y del pillage de los que se sublevarán. Los reinados pasan y pueden cambiar los tiempos, este campestre convento quedaría entonces espuesto á todos los peligros. Qué edificante ejemplo podríais dar, señor, que buen uso podríais hacer de vuestros tesoros edificando aquí una rica y poderosa casa á Dios, bajo la advocacion de San Francisco, un monasterio cuyas altas torres y espesas murallas ofreciesen á los siglos un recuerdo de vuestra gloria y un refugio á los pobres y débiles pastores del rebaño del Señor!....

—Ya otra vez me habeis hablado de eso, padre guardian, le interrumpió el rey, siempre he encontrado gloria y provecho en los dones ofrecidos á Dios y á sus santos. En cuanto á lo que me decis de los reinados y soberanías de la tierra pueden cambiar es verdad, añadió lanzando un profundo suspiro, y si lo habeis dicho al contemplar el triste estado de mi salud, mi hermano el infante don Fernando me reemplazará dignamente cuando Dios fuere servido. Pedidle al Señor por mí y sus ojos dejaron asomar una lágrima.

—Orarémos por vuestra salud y el cielo os la concederá. El dotará de vigor vuestro cuerpo como ha dotado de virtudes vuestra alma, para que seais el bienhechor de la iglesia empobrecida, desolada. En estos tiempos de afliccion universal que presagian el próximo fin de este mundo percedero, los solos bienes sólidos y ciertos son los que uno se asegura en el otro mundo, abandonando á la iglesia las vanas riquezas de aquí abajo.

—Buen religioso, respondió apesadumbrado Enrique, roga al cielo por mí, porque todos tenemos nuestras penas, y las mías son muy grandes.

Después de un momento de reflexion, dijo bajando la voz:

—Padre guardian, mis deseos serian elevar aquí un monasterio digno de vuestro santo patrono San Francisco, pero desgraciadamente, añadió con melancólica sonrisa, estoy tan pobre como uno de los religiosos de su bendita regla. A cuánto podria ascender el cercar de un muro el convento?

—A razon de tres ducados la vara de buena y sólida fábrica de ladrillo, podria costar unos sesenta ducados.

—No tengais cuidado, buen padre, pagaré los sesenta ducados.

—Dios os los devolverá centuplicados señor. Ade-

(1) En aquellos siglos de turbaciones civiles, de guerras continuas, las villas, las aldeas y los monasterios se hallaban cercados de fosos y empalizadas. Las poblaciones siempre amenazadas estaban en todo tiempo á la defensiva. Aun se ven en casi todos los pueblos derruidos torreones, resto de aquellas fortificaciones.

mas no se trata solo de nosotros, indignos mendicantes, sino de asegurar la felicidad eterna de vuestra alteza y de conseguir su salud, y para esto el medio mas seguro fuera el fundar perpétuamente en nuestro convento una misa solemne á nuestro padre San Francisco. El gasto de luces, cantores, ofrenda, é incienso podria subir á unos cinco ducados.

—La fundaré de muy buena voluntad, padre mio.

—Dios nuestro Señor os centuplicará en recompensa este gasto. Sabeis que es costumbre asegurar este aniversario por una escritura de fundacion al capital de un cinco por ciento, lo que viene á componer unos cien ducados.

—Vaya, pues que ese es el uso, haré las cosas como es debido, tendreis la carta de fundacion.

—Piadoso y noble rey, replicó el guardian con un aire lleno de unción y dando un gran suspiro y fijando sobre el rey una cariñosa mirada, cuán dulce y consolador no seria para vos, venir el dia cuatro de octubre, festividad de nuestro santo patrono, rodeado de vuestra suntuosa corte á oír la misa en una simple y modesta capilla que hubiéseis añadido á nuestro pequeño convento.

—No digo que no, padre guardian, porque quiero mucho á los frailes de San Francisco, con cuyo santo hábito he de ser enterrado, y cuento con sus oraciones para conseguir mi salud. Veremos, no digo que no.

—Es preciso decir que sí, replicó con voz muy sumisa el guardian, es preciso por vuestro bien, y un rey tan piadoso no puede á negarse á decir que sí.

—Pues bien! ya lo digo, pero hablamos de una capilla pequeña. Cuánto me costaria?

—Señor, siguiendo la cuenta del precio que hemos sentado para las cercas del convento, vendria á costar á lo mas seiscientos ducados.

—Seiscientos ducados, reverendo padre! No es mucho dinero? Ademas ya he dicho que sí. Tendreis los seiscientos ducados.

—Dios, os volverá ciento por uno, señor. En cuanto á los vidrios pintados....

—Qué! vidrios pintados tambien ademas? Me habiais dicho que una capilla modesta.

—Mi buen y piadoso rey, los frailes dominicos, nuestros vecinos, no han hecho poner últimamente vidrios pintados en la capilla de su santo patrono? y quereis establecer una diferencia entre santo Domingo y San Francisco de Asis? Quereis que al lado de la divina magnificencia de los dominicos, se viesen en la iglesia de los franciscanos ventanas con vidrios blancos, emplomados, de cuatro pulgadas en cuadro como en la casa de un simple pechero ó de un pobre fidalgo? y despues que al ver esta pobreza vayan á decir: esta es la capilla, que el muy alto y poderoso don Enrique rey de Castilla y de Leon ha edificado á San Francisco de Asis?

—Oh! mi buen padre guardian, exclamó sonriéndose el rey, y que bien que lo entendeis! Me habeis hecho dar un paso y despues otro, hasta que al fin me habeis colocado en punto de no poder retroceder. Veamos, pues, de un golpe lo que me costará el cumplir mi promesa.

—No esperaba yo que obrase menos cristianamente un rey tan piadoso. Sin fatigaros con los detalles del hierro, plomo, dorados, molduras, ornamentos de altar, cincelado, escultura, casullas, cálices, patenas....

—No me fatigueis con tantas cosas, la suma total padre mio, y concluyamos.

—Mil doscientos ducados, señor.

—Como vais echando ducados, padre guardian! Sabeis que todo hace ya mil novecientos sesenta ducados, pero en fin pagaré la suma por exhorvitante que sea. Solo tengo que deciros una cosa, que no sé si os satisfará, padre mio. Rey menor, apenas tengo lo preciso para el mantenimiento de mi casa, ó habeis de contentaros con aguardar á que llegue á la época de tomar el gobierno

del reino, ó tomarlos por mi cuenta del conde don Sancho que me hará la merced de pagarlos por mí.

—El conde don Sancho nos los entregará si V. A. se los pide, dijo inclinándose profundamente el guardian. En cuanto á vuestros mil novecientos ducados, Dios os los devolverá centuplicados.

—Los religiosos habían improvisado sobre el césped un campestre banquete para obsequiar á Enrique, con las ofrendas de los aldeanos. Allí había en gran cantidad tortas de harina de flor, miel, vino añejo, jamones, frutas y aves, todo adornado de vistosos lazos de cintas y guirnaldas de flores. Un grupo de graciosas aldeanas presentó al rey ramilletes de flores, y la multitud gritaba muchas veces; *viva el rey!*

El rey acogió con la mayor familiaridad á los paisanos que se le acercaron, y su corazón gozaba al ver que le amaba su pueblo, y olvidó por un instante la opresión en que le tenían los tutores y el abandono y olvido de los cortesanos.

—Buenas gentes, decía á todos conmovido levantando la voz, acepto vuestras ofertas. El rey después de haber tomado un refrigerio con más alegría y apetito que jamás había comido en su palacio, se despidió de la muchedumbre y los aldeanos se retiraron bendiciendo á su soberano, y haciendo votos al cielo por el restablecimiento de su salud.

—Habeis levantado un templo á San Francisco, le dijo el padre guardian al rey, acercándose á su caballo al instante de marchar. Sin riquezas habeis seguido el impulso de vuestro régio corazón. San Francisco velará por vos, señor. Si algun día necesitáis de auxilio, si os veis en algun peligro; Fray Diego de Cardena estará á vuestro lado. Acordaos, señor, del guardian del desierto de Burgos!

—Fray Diego de Cardena, le contestó el rey apretándole la mano, y como habiendo comprendido toda la intensidad de sus palabras, jamás olvidaré vuestro nombre!

El rey picó espuelas á su caballo y bien pronto seguido de su escasa comitiva, se internó en el bosque, para ocuparse de la caza.

Al ruido del galope de los caballos, algunas perdices se levantaron de entre unos cañaverales. Uno de los pages quitó de repente el capuz al alcon que llevaba en la mano, lo lanzó contra las aves y siguió al galope su vuelo.

Esta era una terrible infracción de las leyes de la caza tan religiosamente observadas en aquellos tiempos de feudalismo; los señores desplegaban una inflexible severidad por las menores faltas cometidas por sus gentes en estos ejercicios que dirigian por sí mismos. Celosos de su poder supremo no sufrían el menor ataque en tal derecho sin castigarlo con el más excesivo rigor, según la calidad del culpado. Un noble incurria en semejante caso en una desgracia inevitable, un pechero en una prisión y muchas veces en la horca y aun se leen lances de estos en el libro de las *fazañas*. Sorprendida quedó la comitiva del rey cuando en lugar de castigar, al menos con una dura reprimenda, la demasia joven del page, se le vió al contrario aplaudir con el gesto y con la voz, su fogoso ímpetu y ordenar á sus mejores cazadores que le siguiesen y guiasen su inesperienza.

Cuando el atolondrado page volvió loco de alegría á presentar al rey las perdices que su alcon había apresado, recibíolas este con amable sonrisa, contentándose con decir á su camarero don Juan de Velasco:

—Afortunado ha sido mi page Alvaro en que no haya venido hoy á caza el conde don Sancho, él no hubiese sido tan indulgente como yo.

Suspiró por toda respuesta el camarero, y adelantándose cabalgando solo junto al rey, continuó este:

—Cuántos dias hace que no veo á don Sancho! ni al

duque de Benavente, el único de los regentes á quien amo, tal vez por ser cosa del buen conde.

Velasco guardó el más profundo silencio.

—Ha ocurrido alguna novedad? preguntó el rey todo turbado.

—Yo no me atrevo á hablar á V. A., porque siempre le he visto muy prevenido en favor de Benavente... porque en otras ocasiones me habeis impuesto silencio con un tono tan absoluto...

—Quiero saber, Velasco, que secreto es este.

—Al presente es una cosa ya irremediable.

—No importa, dímelas, te lo mando.

—Este secreto no lo es sino para vos solo, señor, quiero hablar de los amores de doña Leonor, la hija del conde don Sancho, con don Fadrique...

—Con don Fadrique? le interrumpió el rey parando de repente su caballo, y don Sancho consiente en ello, burlando la fe de los tratados!

—Don Sancho se opone como un noble.

—Ah! entonces, dijo respirando con satisfacción el rey, entonces aun es posible conciliar las cosas.

—Hace algun tiempo yo tambien lo creia.

—Y hoy no? preguntó palideciendo Enrique, no me digas eso Velasco. Acuérdate que tú mismo has favorecido esa pasión en mi corazón. Yo apenas salido de la infancia no pensaba en amores, cuando ví por la vez primera á doña Leonor de Alburquerque en Bribiesca, donde los regentes y sus adversarios habían reunido la flor de sus caballeros, la preza de la nobleza castellana; mirad, me dijeron entonces los nuevos regentes: esa encantadora doncella es una maravilla de belleza y gracia: es la gloria y el idolo de su noble familia, como vos sois la gloria y el idolo de Castilla, deseiendo como vos de la sangre real y es heredera de tan vastos y ricos dominios, que el pueblo la llama la *rica fembra*. Acuérdate de mi sorpresa al oír estas palabras, palabras que han quedado grabadas en mi memoria ó mas bien en mi corazón. Tampoco puedes haber olvidado las mias, ni mis transportes de júbilo y alegría, y cuanto se redoblaron estas, cuando favorecidos por el padre de Leonor, el conde don Sancho, en medio de toda aquella corte que no podía ver en el rostro nuestro rubor ni sentir palpar nuestro corazón, pudimos aproximarnos el uno al otro, tocarnos la mano, cambiar un anillo, todo esto sin proferir una palabra, mas cómo temblaba su pequeña mano, cuál latía mi corazón en mi agitado pecho! Cuánto encanto! cuánta delicia! Y ahora esa felicidad tan solemnemente prometida, que era mi vida desde entonces, que me sostiene en medio de las enfermedades que me afligen, me dices tú que no es posible ya! ..

—No, no, mi buen rey ya no es posible, contestó todo conmovido el fiel Velasco. Contó entonces al rey la deslealtad del duque de Benavente, la entrada en el aposento de doña Leonor, y el terrible encuentro con don Sancho, que en vano había querido lavar su injuria en la sangre de su ofensor. Don Sancho desoyendo la resistencia de don Fadrique había salido al campo aquella noche fatal. Don Fadrique en vano intentó evitar un duelo con el anciano. Intentó solo defenderse, pero el anciano conde vió al brioso impulso de su adversario saltar el acero de su cansada mano. Desde entonces meditaba noche y dia retirado en su palacio lejos de una corte corrompida, la venganza de su honor ultrajado.

Pálido, trémulo, con convulsa mano se arrancó el rey una banda roja que llevaba sobre sus vestidos y que otro tiempo bordada por Leonor le había regalado el conde don Sancho, que no omitía medio de fomentar en el joven rey el amor de su hija.

Hizola pedazos con gran esfuerzo diciendo.

—Así queden rotos mis juramentos! Llévelos el vien-

to y disípanse en el aire como ligero humo. Me los habían arrancado por una insigne superchería: yo los rechazo y recobro mi libertad. En buen hora, Leonor, habeis desdénado un rey porque era enfermo y niño... El rey enfermo y niño vale mas que el primero de sus vasallos.

Calló despues y metiendo espuelas á su ligero tronton, en pocas horas llegó al palacio de Burgos. En medio de la indolencia, y aparente apatía de Enrique, se descubría en su alma un gran fondo de energía cuando su amor propio se veía humillado. Era el leon que no hace estallar su poderosa cólera, sin ser irritado.

Hacia muchos dias que el conde don Sancho triste, meditabundo, encerrado de continuo en su estancia rehusaba verse de nadie, cuando le avisaron sus pages que el padre Fray Diego de Cardena, guardian del convento de San Francisco, deseaba hablarle en nombre del rey don Enrique. Hizole entrar á su presencia el conde don Sancho, y el religioso quedó asombrado al ver cuan rapidos progresos de estrago habia hecho el pesar en poco tiempo en el anciano rico-hombre. Hizole sentar y aguardó á que manifestase el objeto de su venida.

—El rey don Enrique, dijo el padre guardian, cuya salud restablezca Dios para bien de Castilla, quiere labrar al santo patriarca Francisco de Asis una capilla, y fundar perpétuamente en ella un aniversario.

—Es muy propio de su religiosa piedad, contesto el conde, distraido en sus pensamientos y sin dar grande importancia á esta conversacion, que al principio creyó de otra naturaleza.

—Costará la fabrica toda, mil novecientos sesenta ducados....

—Qué me importa su coste! Dijéronme que veniais á hablar en nombre del rey, os ha confiado S. A. alguna mision para mí.

—El rey me ha encargado venga á pedir prestada esa suma, porque en la actualidad no tiene nada de que disponer. Promete pagárosla á su mayor edad cuando tome la gobernacion del reino. Ved aquí su carta.

Y al mismo tiempo puso en sus manos un pergamino cerrado con un cordon azul y del que pendia el sello real. Cortó el conde el cordon, puso la carta sobre su cabeza en señal de veneracion, y besó respetuosamente la rúbrica de su soberano trazada con cinabrio ó vermellon, segun el uso de aquella época.

—Mi mayordomo, reverendo padre, dijo el conde despues de haber leído la carta, os entregara de contado esa suma, á la que añadirá por mi voluntad quinientos ducados mas, porque pidais al cielo, libre á Castilla de la opresion en que yace, dando salud al rey para que se encargue pronto de la gobernacion del reino.

—Si el rey aguarda, dijo el guardian con marcada intencion, á que sus tutores le entreguen el reino, pasarán aun muchos años, porque el desgraciado estado de su salud lleva pretexto para constituirle siempre en tutela. Detúvose un momento y añadió despues mirando fijamente al conde, como queriendo leer el efecto que hacian sus palabras.

—Bajo un exterior débil y apocado encubre el rey un corazon ardiente, hay brios....

—Debilitados por una continua enfermedad, interrumpió con acento de dolor el conde.

—Pero que pudieran reanimarse por un golpe violento, por una impresion extraordinaria. Un nuevo género de vida podria tal vez hasta hacerle recobrar la salud.

—Lo creéis así padre mio? dijo el conde interesándose vivamente en la conversacion que al principio le parecia indiferente. Los médicos mas famosos han desesperado de la curacion del rey, añadió despues profundamente conmovido.

—Nosotros tambien nos dedicamos á la medicina. La enfermedad del rey está en el cuerpo, pero es menester curarla en el alma. La indolencia con que vé las cosas del reino de que cuidadosamente le tienen apartado, el ultraje hecho en el objeto que debiera ser su amor....

—Y que podreis prometeros ya, cuando ni la ambicion ni los zelos pueden escitar su corazon?

—Me lo prometo todo del amor propio irritado, ese gran móvil del corazon humano, tal vez se necesitará para mover su corazon profundizar la herida, profundicémosla.

—Padre guardian, dijo el conde mirándole entre sorprendido y desconfiado. Cuál es vuestra mision?

—Ya lo habeis visto, contesto con gran calma, la mision del rey: que me presteis la suma para la fabrica del convento de San Francisco, y luego añadió en voz baja despues de haber echado una mirada al rededor del aposento para cerciorarse de que estaban enteramente solos, la mision de la reina viuda doña Beatriz....

—La reina os ha encargado de una mision?

—Si, le dijo mirándole fijamente, la de vengar vuestras ofensas, la de vengar un amor burlado, la de vengar á Castilla entera!

—Y como derrocar ese colosal poder que yo necio de mí he alzado con mis propias manos?

—Uniendo todos nuestros esfuerzos. Vos conspirais conde, pero solo, aislado nada podreis. Nada tampoco podrá doña Beatriz, nada los pueblos descontentos. Las fuerzas de nuestros contrarios son inmensas. Los castillos todos están en su poder. Nada debemos acometer por la fuerza de las armas.

—Con quien quereis contar entonces?

—Con el rey.

—Con un niño débil, enfermizo, sin energia! y que podrá contra los regentes?

—Podrá confundirlos en un solo momento. Necesitamos decidirlo, vencer su debilidad, reanimar su energia, hacerle que dé una voz, y á esta voz apoyada por unos cuantos de nuestros parciales, responderá en breve Castilla, el reino todo.

—Podeis contar con mis vasallos, con mis tesoros que siempre han estado á la disposicion del rey..... Cuanto quereis que os entregue mi tesoro.

—Nada, precisamente el auxilio mejor que podreis prestar á nuestra causa es retirar al rey todo recurso. Hace meses que prestais al rey cuantiosas sumas.

—Prestarele cuanto S. A. necesite.

—Ni un maravedí!

—Vos me lo aconsejais!

—Es preciso, indispensable.

—Cual es vuestro plan?

—Ese es mi secreto. Ahora ni dinero ni hombres necesitamos. Cuando sean precisos yo os pediré hombres.

—Cuando volvereis á verme?

—El dia en que quedareis vengado.

—Y en donde?

—Yo os citaré al claustro de mi convento.

—Nada necesitais padre guardian? Disposed de mis tesoros.

—Que queden cerrados para el rey.

Reanimado quedó el conde don Sancho de Alburquerque con la inesperada visita del padre fray Diego de Cardena, hombre reputado por muy sagaz en todas aquellas tierras, y que ocupado únicamente en el aumento de su convento, y en asistir á los enfermos, como versado en la ciencia de curar, cosa muy comun en los monjes y frailes en el siglo XIII, gozaba de gran popularidad. Desconfiaba sin embargo el conde de su promesa por no alcanzársele con que medios contaba un pobre fraile para acometer una empresa, á que no bastarian apenas todas las fuerzas y riquezas unidas de los mas poderosos ricos-hombres de Castilla y que sin embargo

no pedia ni exigia mas, que no se diese socorro ni auxilio alguno al rey, por cuya causa tanto iba á emprender. Resolvió pues, el conde suspender todas sus reflexiones, y ora creia ver en el padre Fray Diego un milagroso enviado del cielo, ora un fraile extravagante á quien engañaba su propia credulidad. Determinóse, pues, á aguardar los sucesos en la imposibilidad en que se hallaba de emprender nada con éxito contra la regencia, y su principal enemigo el duque de Benavente.

Pasáronse para don Sancho en esta ansiedad y siempre esperando el día de la venganza, dos meses, en los que el poderío de los regentes parecia ir en aumento. El P. Fray Diego acompañado de un lego con la alforja al hombro, entraba y salía libremente en todas las casas, aun las de los mismos regentes, á pretexto de ir á solicitar limosna para labrar el convento y sostener sus frailes. Numerosas cuadrillas de obreros trabajaban infatigablemente, y todo era vida y animación en el desierto de Burgos. El rey don Enrique dirigía algunas veces sus carcerías hacia aquellos lugares, gozando en ver como se levantaban los muros de la suntuosa capilla que habia ofrecido alzar el Patriarca de Asis. El P. Fray Diego de Cardena fué estrechando así insensiblemente sus relaciones con el rey. Aficionóse este al amable trato del sagaz religioso que en todas sus conversaciones procuraba insinuarle algunas ideas que pudieran reanimar su energía adormecida con los males, y la indolencia en que procuraban tenerlo sus tutores, despertando en su alma esperanzas de un porvenir de gloria y de grandezas, é inculcándole que nada era mas grande ni mas fuerte en Castilla que la institucion del trono. No fueron perdidas estas semillas, é insensiblemente fueron notando cuantos rodeaban á Enrique, que cada día le era mas sensible el abandono en que se hallaba por los cortesanos, y que sufría con mas impaciencia las privaciones á que le sugetaban, y aun algunas veces mostraba la pena que le aquejaba de que aun hubiesen de pasarse dos años antes de llegar á su mayor edad. El P. Fray Diego habia logrado sin apariencias de intentarlo, sin pretension alguna, despertar al rey en el niño débil y enfermizo. El P. Fray Diego era el confidente de la reina Beatriz, y el amigo de don Juan de Velasco, el camarero mayor del rey, y al mismo tiempo bajo la apariencia de un religioso activo, y consagrado esclusivamente al aumento de su religion, entraba franca y frecuentemente en las casas del duque de Benavente, de Villena, del arzobispo de Toledo, y aun muchas veces le hacian sentar á su mesa por honor al sagrado sayal de San Francisco, que tanto derecho daba en aquellos tiempos al que lo vestía, aunque no fuese de alta calidad y nobleza.

Instaban doña Beatriz y el conde don Sancho y los demas enemigos de la regencia al P. Fray Diego, á emprender una conspiracion maldiciendo de sus dilaciones.

Llegaron á sospechar hasta de su lealtad viendo que todo su conato, todo su esfuerzo se dirigia á impedirles que obrasen nada contra los regentes. El P. Fray Diego era el defensor mas activo de los regentes contra las asechanzas de sus contrarios imprudentes.

El era el solo, el verdadero y entendido conspirador. Resistió á las súplicas, á las amenazas, á la desconfianza. Todo lo arrostró sereno hasta que llegó el momento de obrar, y combinar el plan que debia asegurar la victoria, y que parecería una increíble fabula á no haber transmitido estos sucesos historiadores de tanto crédito como el P. Fray Juan de Mariana, Ferreras y otros, y hallarlo consignado en las crónicas de aquellos tiempos.

VI.

Don Juan de Velasco y el Padre Fray Diego de Cardena estaban perfectamente de acuerdo. Contaban con

los recursos inmensos del conde don Sancho, con el apoyo de la reina viuda doña Beatriz. Los pueblos maldecian en secreto la insolencia y la rapacidad desenfrenada de los regentes. El rey aunque niño, se hallaba enterado de los inícuos desmanes del duque de Benavente, del conde de Villena y del arzobispo de Toledo y demas ricos-hombres que formaban la regencia. Aunque débil por sus enfermedades, su inteligencia era clara y precoz, y de cuando en cuando conmovido por los justos clamores del pueblo vejado y oprimido, dejaba brillar rasgos de energia, y deseos ardientes de empuñar por sí mismo las riendas del estado, emancipándose de la vergonzosa tutela y opresion en que le tenían los regentes. El rey habia entrado en la edad de quince años.

Un día en que despues de haber vuelto de su acostumbrado ejercicio de la caza y en que despues de haber recorrido por algunas horas el bosque apenas habia logrado coger mas que unas cuantas codornices, sintióse con mas apetito, y no viendo señal alguna en el palacio de que le aprestasen la comida, mandó á su fiel camarero que averiguase la causa de aquel descuido, y dispusiese le sirviesen pronto.

Marchó Velasco, el que no tardó mucho en presentarse con rostro triste y abatido, y sorprendido el rey le preguntó con viveza:

—Ha sucedido alguna desgracia? Por qué no vienen mis pages, se han muerto acaso todos?

—No señor, respondió Velasco, pero no hay ninguna comida preparada en palacio.

—Bravo! exclamó Enrique. No son por cierto muy espléndidas mis comidas, apenas habrá en Castilla rico-hombre mas frugal que yo. Qué descuido! Di que me aderezen cualquiera cosa y pronto, que la caza de hoy me ha abierto un apetito extraordinario.

Tornóse Velasco, y volvió á poco nuevamente, no acompañado de una turba de pages y reposteros trayendo una espléndida comida, sino del cocinero, que era un vejete bajito y regordete, y que se presentó con una cara tan triste y acontecida que el rey no pudo menos de decirle:

—Qué traes, que tienes un gesto tan lamentable?

—Señor, respondió el cocinero tartamudeando, la comida... la comida...

—Y bien, has tenido la torpeza de echarla á perder?

—Ah señor! replicó el cocinero aumentando el tono lúgubre á sus entrecortadas palabras; la comida.... la comida...no la he hecho porque no hay nada absolutamente de comer en palacio.

—Vamos, cualquiera cosa bastará...marcha, vete, y no me hagas aguardar mucho.

Velasco y el cocinero permanecieron sin moverse y en una actitud melancólica.

—Ya esto es demasiado! dijo el rey dando una patada en el suelo y con visibles muestras de impaciencia. Acaso pretenden chancearse conmigo. Vive Dios!

—Señor no hay nada; nada absolutamente en palacio, replicó respetuosamente Velasco.

—Ni un poco de carne fiambre! añadió el rey.

—Nada, dijo el cocinero, ni para dar un bocado al mas misero de vuestros vasallos. Todas las provisiones se han acabado.

—Y el dineo, añadió con tono lúgubre Velasco. El conde don Sancho se ha negado á hacer nuevos préstamos.

—Tambien él! dijo con indignacion el rey. Querrán acaso que como Esaú venda mis derechos hoy por un plato de lentejas! No importa, dijo despues dominando su indignacion y quitándose el gaban de terciopelo negro que forrado de pieles llevaba. Velasco, toma este gaban, cualquiera de los mercaderes de la plaza querrá en cambio de él darte algunas viandas.

Tomó don Juan Velasco el gaban del rey y las lágrimas se agolparon á los ojos de este fiel vasallo. Notólo el rey y con aire al parecer alegre y satisfecho le dijo:

—Hoy, Velasco, cara nos cuesta la comida. Lo que siento es que si me dá el frío de la cuartana no tendré con que abrigarme.

—Señor, yo proporcionaré sustento á V. A. y no habrá menester enagenar el gaban.

—Haz lo que te mando, respondió severamente el rey, buen servidor, haz lo que te mando; quiero que Castilla sepa que para comer ha tenido un día que vender su gaban el rey.

Salió el camarero con el gaban, retiróse el cocinero, y el rey á grandes pasos andando por el salón discurría indignado acerca de la horrenda escasez de su casa, y de la indignidad con que era tratado, revolviendo en su mente mil proyectos para salir de la abyección en que le tenían.

Aumentóse su cólera cuando volviendo Velasco con una comida, que á cambio del gaban le había proporcionado una vieja hostelería de la plaza de Burgos, solo se presentó á servirle el cocinero.

—Qué significa esto, exclamó don Enrique. Han desertado mis criados? Donde están?

—Casi todos se han marchado, respondió siempre con su acento lúgubre Velasco.

—Tan mal he pagado yo sus servicios? No los trataba como á hijos?

—Y ellos os aman como á padre, como os aman también los pueblos, dijo con marcada intención Velasco, pero como no hay un maravedí en las arcas de V. A. como nada se les pagaba á cuenta de sus salarios han tenido mal de su grado que buscar en otra parte la subsistencia.

—Vive Dios que estamos madrados, Juan de Velasco! Cuál estarán mis pobres vasallos cuando su rey no tiene pan que comer ni un criado que le sirva? Bien decía el padre guardián de San Francisco.

—Es un santo varón, repuso respetuosamente el camarero.

—Me había dicho que mis tutores se habían repartido mis villas, mis ciudades, que saqueaban atrocemente mi tesoro real, pero nunca creí que su rapiña llegara hasta el extremo de matarme de hambre.

—Ay señor! dijo el cocinero, si V. A. supiese lo que pasa....

—Habla, qué mas puede pasar aun?

—Esta noche misma dá un gran banquete el arzobispo de Toledo al que deben concurrir todos los regentes; están convidados todos los ricos-hombres de la corte, cosa grande, soberbia, cena suntuosa!

—Me alegro, vive Cristo!... Mientras al rey falta pan, están dando festines el arzobispo, Benavente, Villena, regalándose á espensas mías. Yo ire al banquete.

—Vos señor? respondieron asombrados á una voz el camarero y el cocinero.

—Yo asistiré á él disfrazado, ellos me creen dormido en palacio, fatigado con el ejercicio de la caza; allí veré y observaré por mí mismo todo. Mi disfraz será de trovador pobre. Mi voz me servirá para introducirme, tal vez por mejor oír la me harán entrar en el salón. Velasco búscame el traje, y en cuanto á lo demás para entrar Dios me dará trazas.

—El mayordomo del arzobispo, Alvar Martín, es deudor mio, y os proporcionará la entrada.

Al momento se puso en planta el proyecto del rey. Salió el camarero á buscar el traje de trovador peregrino y encontró al padre guardián de San Francisco que de intento le aguardaba para saber el éxito de la empresa tanto tiempo hacia combinada.

—Y el rey? preguntó con ansiedad á don Juan Velasco el padre Cardena.

—Se ha quedado hoy sin comer y se prepara á asistir al banquete del arzobispo.

—Es un contratiempo fatal.

—Asistirá no á comer sino disfrazado para ver por sí cuanto pasa. Y vos reverendo padre que vais hacer ahora?

—Yo voy asistir al banquete para comer, y ver lo que pasa. Recomendad al rey que por ningún motivo se dé á conocer. Yo velaré sobre él, como estoy velando sin que él lo perciba hace tanto tiempo.

—Sois un grande hombre, reverendo padre.

—Soy un pobre fraile y un buen castellano.

Y se retiraron dándose un significativo apretón de manos. Don Juan de Velasco entró en el palacio de Enrique, y el padre Cardena se dirigió al palacio del arzobispo regente, á donde había sido invitado merced á su genio popular y entremetido.

VII.

Después de los contiendas civiles terminadas por el arreglo que había puesto el poder en manos de los que audaz y temerariamente habían disputado la regencia del niño Enrique: la paz se había restablecido en los pueblos, y los regentes mas atentos á enriquecerse que á combatir á los árabes habían suspendido la grande obra de la reconquista del imperio godo, tan adelantada en los reinados anteriores.

Dueños tranquilos del país no se adiestraba la juventud castellana en esta época en el estruendo de la guerra, sino que dormía ociosamente enervada en el lujo y en los placeres de la corte. Los jóvenes castellanos llegaban á Burgos con las candidas y lejanas tradiciones gloriosas de sus familias, y la corriente tumultuosa en que los muchos regentes enriquecidos á costa de los pueblos derrochaban á manos llenas las riquezas del reino, y de sus opulentos patrimonios, los arrastraban cual por una fácil pendiente, á todas las seducciones del juego, de la mesa y de las mugeres, pervirtiendo sus disposiciones é inutilizando su valor. Llegaban á la corte con los mejores deseos, ansiosos de combatir á los árabes, y á poco tiempo en ella, afiliados en una de las parcialidades de los regentes eran un eslabón mas de la dura cadena que oprimía á los pueblos. Así los jóvenes romanos iban en otro tiempo al Capitolio adolescentes aun y volvían de él con la toga viril. Transición imperceptible, porque se verificaba en Burgos sin Capitolio, sin ofrenda á los dioses; primera caída de las hojas de la juventud que se perdían en el suelo: primeros latidos del corazón sofocados bajo el clamor de un festín, primera alteración de el alma, primeras y precoces arrugas de la frente que encubría el encendimiento del color causado por la crápula, primeros ensueños, cándidos aspectos, castas efusiones que arrojados en la copa del festín desaparecían en el fondo de disolventes delicias, perla de Cleopatra perdida, y que valía ella sola mas de setecientos mil sextercios!

Esta noche había un gran banquete en el palacio de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, regente del reino. El festín era para obsequiar al regente duque de Benavente, al de Villena, y á los demás, que alternativamente habían dado al arzobispo otros no menos suntuosos y magníficos.

Hacia largo tiempo que estaban ya en la mesa los regentes y la flor de la nobleza de Castilla, como podía verse por la llama de las gastadas bujías que lucía mas lenta, y por el ruido de las conversaciones que cada momento eran en voz mas alta y animada.

—Duque de Benavente, gritaba el maestro de Cala-



trava don Gonzalo Nuñez de Guzman, conde de Niebla. Bebo á vuestra salud, y al feliz éxito de vuestras empresas, y de la nueva adquisición que habeis hecho de las villas de Arévalo y Ledesma!

—Maestre de Calatrava, gritaron al mismo tiempo muchas voces, bebemos á vuestra salud este vino de Chipre, aguardando los vinos de Niebla que nos habeis prometido.

En el gran salón del convite decorado con muchas molduras y adornos góticos, y en cuyas paredes se veían los retratos de los obispos de Burgos, y otros cuadros de asuntos religiosos, y salón que no conservaba de las antiguas instituciones mas que el austero asunto de las pinturas, había un zumbido de confusas voces que subía hasta las artesonadas bóvedas, y que pesaba en el aire sobre toda la mesa.

—Por san Bernardo! cuya regla seguimos, decia el caballero de Alcántara don Pedro Mendoza, que apenas podía hacerse oír entre tanto ruido, y por la misa que hemos oído esta mañana, que estamos tan silenciosos como cartujos en refectorio. Si continuais así será preciso leer algo.

Ninguno de los caballeros le escuchó.

—Ola! ola! me desafiáis? Gi!, dijo al camarero de la sala que estaba colocado detras de él, dame uno de esos libros que están en esos estantes.

El sirviente que como todos los del palacio llevaba el escudo de las armas del arzobispo, cogió de uno de los estantes entre las colecciones de estatutos y ordenanzas que se hallaban allí colocadas, un volumen á la ventura que entregó al caballero Mendoza. Este lo abrió, tuvo algun tiempo el libro delante de los ojos como un ciego que quisiese leer, pero de repente

—Silencio, señores! dijo tan fuertemente que al fin le escucharon, silencio! esto es de San Bernardo!

—Silencio, repitieron los que estaban á su lado, silencio! Y dirigiéndose á un comendador muy gordo que no hacía mas que reír y beber—Atencion comendador Osorio! á vos se dirige esto. De san Bernardo!

—De san Bernardo! respondió volviéndose y alargando su vaso el grueso comendador, de san Bernardo! No conocia ese vino! creía solamente que en aquel monte hay nieves.....

—Ah! con que creiais que es una nueva clase de vino! interrumpieron una porcion de caballeros riéndose á carcajadas, esta vez no llenareis con él vuestro vaso, es una cita que Mendoza quiere leer.

—Señores, decia este, se trata de nosotros. Quereis oír? escuchad á san Bernardo.

«Viven estos caballeros en una sociedad agradable pero frugal, sin mujeres, sin hijos, sin tener nada propio ni aun su voluntad: jamás están ociosos ni vagan fuera de sus casas y cuando no marchan á campaña contra los infieles, ó componen sus armas y los arneses de sus caballos, ó ocupan el tiempo en ejercicios piadosos por orden de sus gefes. Una palabra indecente, una risa immoderada, el menor murmullo, no quedan jamás sin una severa correccion. Detestan los juegos de suerte ó azar, no se permiten ni la caza ni visitas inútiles; huyen con horror de los espectáculos, de los bufones, de las conversaciones y cantares demasiado libres: no se bañan sino raras veces, y ordinariamente son descuidados en el vestir, el rostro tostado por los ardores del sol, y la mirada altiva y severa.....»

El caballero Mendoza cerró el libro tomando có-

micamente la actitud indicada por el santo abad.

—Qué horror! exclamó aun antes de concluirse la lectura de las últimas palabras un caballero de Santiago, pálido, de figura raquítica, y que hablaba de un modo femenino y relamido y cuyos dedos estaban llenos de anillos, qué horror! no bañarnos sino raras veces!

Qué calumnia! estamos bastante inmediatos á los árabes, y gracias á Dios conocemos todo el mérito de sus abluciones.

—Por san Juan Bautista mi santo patrono, que pasó su vida en las aguas de Jordán! decía otro mirando hacia el extremo opuesto de la mesa. Mirad, mirad allá abajo. Veinte ducados daría por saber lo que les hace reír tanto.

Eran varios señores que contaban á su vez sus aventuras escandalosas y que se jactaban de haber turbado la paz del hogar doméstico, y escarnecido á sus vasallos á quienes debieran proteger, ó de haberles hecho dar de palos por sus criados cuando se presentaban á reclamar justicia por las tropelías por ellos mismos cometidas.

Mil frases incoherentes, risotadas, y aun golpes sobre la mesa se mezclaban y perdían en medio de aquella cena, misero reflejo del estado de las costumbres de aquella época.

—En que pensará el duque de Benavente? decían otros, está meditando como un enamorado.

—Yo os contaré interrumpía otro, que en el convento de las Huelgas hay una cierta rica-fembra...

—Sí, y aun hay quien dice que de acuerdo con la abadesa, y merced á grandes dádivas ha entrado algunas noches en el monasterio....

—Silencio! gritó otro que estaba al lado de los que así hablaban, no veis allá abajo al lado del marqués de Villena, aquel fraile franciscano?

—Sí, si lo veo, y veo tambien que bajo pretexto de que el vino se mantiene mas fresco se ha hecho poner un vaso de plata, pero es para que no se vea que ese vaso está siempre vacío.

—Y para mejor oír y verlo todo tiene sin duda así el vaso siempre vacío, contestó otro.

—Ese fraile es el guardian del desierto, es hombre muy entremetido, lo hallo en todas partes.

—Sin saber porque recelo de él. Señores, qué no bebei? dijo despues en alta voz dirigiéndose al lado del guardian, no es bastante bueno el vino del palacio del arzobispo?

—El vino del palacio del arzobispo es excelente, exclamó con su voz atiplada el caballero de los muchos anillos en los dedos, pages, dijo despues recostándose sobre su asiento, traednos rosas.

En aquel momento varios pages del palacio entraron trayendo no las rosas antiguas de Pestum, sino segun el uso de oriente, que la comunicacion con los árabes habia hecho adoptar en la corte de Castilla, cazoletas en que se quemaban maderas de aloe y otros vegetales odoríferos. Otros en tanto tenían en las manos ricas palancas y jarros para que los caballeros se lavasen las manos.

El rey don Enrique hallabase en tanto junto á la puerta del salon, donde estaban los convidados, reprimiendo con pena la indignacion que le causaba el insultante lujo que allí se ostentaba, pero resuelto firmemente á sostener hasta lo último su fingido carácter.

Iban ya á levantarse de la mesa, cuando entre todos los convidados se extendió la noticia del suceso notable de aquella noche, de que el rey faltó de todo medio, y agotados los recursos de su despensa habia tenido que vender su gaban para comprar su sustento. Objeto de zumba y groseras chanzas fué para algunos este lance que revelaba cuanto era el abatimiento y degradacion en que se veía tan frecuentemente la sagrada institucion del trono en los tiempos del feudalismo. Otros daban apenas crédito á tan extraordinario suceso.

TOMO II.

Quiso el arzobispo cerciorarse de la verdad, é hizo llamar á la hosterera que habia vendido la comida al rey á cambio de su gaban.

—Ese gaban, la dijo el prelado, no puede permanecer en vuestras manos. Yo os daré otro tanto mas de lo en que os lo han vendido.

—Yo dare tres tantos, dijo con altivez el duque de Benavente. Quiero guardarlo en mi casa.

—Ya veis, muger, que un capricho del rey va á hacer vuestra fortuna.

Mas como todos los ricos-hombres se obstinasen con crecidas sumas en obtener la posesion del gaban acordaron entre sí el dejar en plena libertad á la hosterera para que lo entregase al que fuese su voluntad. Varios señores se lisongeaban de ser los preferidos ya por el prestigio de su nombre, ya por las cantidades que ofrecian.

El padre Fray Diego de Cardena, á su vez tambien dijo:

—Yo no puedo ofreceros dinero alguno, pero si entre tantos señores á quienes dejaré enojados vuestra eleccion prefirieseis darlo á nuestro padre San Francisco, yo os ofrezco la proteccion de este patriarca en la tierra, y su recompensa en el cielo.

Con burlona risa en los lábios acogió la mayor parte de los convidados esta propuesta, pero su asombro no puede describirse cuando vieron que la hosterera se decidió por la oferta del padre guardian de San Francisco.

Creyeron muchos que el padre Cardena, que tan infatigable andaba promoviendo la fábrica del convento de San Francisco, trataba de utilizar para este fin la venta del gaban, aplicando su producto á la obra del desierto; mas cuando vieron su resolucion de conservar al convento la posesion del gaban,

—No os sería mas útil la suma de su valor? le dijo el arzobispo. Cedédmela.

—Es una donacion hecha á mi convento, y no puedo enagenarla.

—Pero de que puede servir?

—Para hacer una bandera, replicó con aire irónico el guardian.

—Si es negro, solo podrá servir para los entierros.

—Cuento con que sirva para los funerales de los mas altos y poderosos ricos-hombres de Castilla.

—Presumis acaso que han de tener el capricho de hacerse enterrar en vuestro nuevo convento!

—Tal vez! dijo siempre con marcada intencion, añadiendo luego: En todo caso se hará la voluntad de Dios!

Cien veces estuvo á punto de descubrirse el ofendido rey, y arrojando su disfraz confundir á los degradados cortesanos que sin guardar miramiento á la presencia del arzobispo, proferian las espresiones mas feas y libertinas. Subió de todo punto su indignacion cuando despues de haber hecho impudente alarde de su maestria en apoderarse de las rentas del reino, presencié la insultante subasta que se hizo de su gaban, codicioso cada cual de poseer en su casa este trofeo de la humillacion de la dignidad real, pero reprimió no sin costosos esfuerzos su venganza para poderlos castigar mas completamente.

Comenzó despues de las últimas irónicas palabras del padre Cardena á pulsar dulcemente su laúd, llamando con esto hacia la puerta á donde habia permanecido, confundido en un grupo de sirvientes durante el festin, la atencion de aquellos pródigos magnates.

—Vive Dios! exclamó el marqués de Villena que toca bien, y cuidado que yo soy voto en la materia.

—Mucho dudo que el rey sepa tocar con tanto primor, respondió el caballero Mendoza, y eso que pasa por el primer tocador de Castilla.

—Quién es ese rapaz? preguntó á su mayordomo el prelado don Pedro Tenorio.

—Es un pobrecillo trovador ambulante que anda corriendo por Castilla, habrá sabido que había aquí función, y habrá venido para recoger alguna limosna de la generosidad de vuestras señorías.

—El trovador! la música! que toque alguna cantiga! gritaron de todas partes.

En aquel momento se presentó en medio y solo, y tímido el joven trovador, teniendo en la mano una especie de mandolina árabe.

Enrique paseó lentamente los ojos al rededor de aquel salon lleno de tan alegres voces, y de aquella espléndida mesa rodeada de tan felices y medio ébrios convidados. Tranquilo y orgulloso pareció contar las cabezas.... Inmediatamente despues de un ligero preludio acompañándose con el instrumento cantó:

En la verde primavera,
Si se ostenta el sol hermoso
Alegrando la pradera
La selva y el bosque umbroso:
Cuando dulces ilusiones
Abriga el alma estasiada
Creyendo escuchar los sonos
De una música encantada;
Y la brisa bulliciosa
Confunde su melodía
Con la cancion deliciosa
Del genio de la armonía....

Abrid el alma al placer
Que es corta la humana vida.
Mañana estará abatida
La frente que erguiais ayer!!!!...

—Qué decís de la frente orguida, señor duque? dijo el marqués de Villena que se preciaba de entendido trovador.

—Escuchemos contestó el arzobispo. No os parece que tiene el mancebo bellísima voz?

Cuando á gravarse en la frente,
Van ideas halagüeñas,
Y pasan por vuestra mente
Mil imágenes risueñas:
Si sobre el rápido viento
Mirais cruzar presurosas
Por el azul firmamento
Sombras queridas y hermosas.....

Abrid el alma al placer
Que es corta la humana vida.
Mañana estará abatida
La frente que erguiais ayer!!!!...

Si una muger adorada
Tiernas palabras murmura
Y de amor arrebatada
Eterno cariño os jura:
Si en el lejano horizonte
Veis brillar la luz divina,
Que dora el erguido monte
Y el ancho mar ilumina:
Si el pensamiento tranquilo,
Como pacífico lago
Dá entonces feliz asilo
A un recuerdo dulce y vago.....

Abrid el alma al placer
Que es corta la humana vida.
Mañana estará abatida
La frente que erguiais ayer!!!!...

Callóse el joven cantor, pero el grueso comendador que no habia hecho mas que reir y beber, levantando la voz le dijo:

—Amiguito, qué patrañas vienes á cantarnos? Nos tomas por árabes que llevan en sus turbantes la media luna, en lugar de que en en nuestros pechos brillan las cruces rojas de Santiago, qué significan..... las verdes de Alcántara, qué denotan..... la pureza del corazon y..... y.....

Detúvose el comendador, porque embrollada su memoria no podia continuar la interpretacion de los colores de las cruces de las órdenes militares.

—Mancebo, le gritó el duque de Benavente, tienes un rostro sombrío que asienta mal en tu edad, y como una censura en medio de nosotros. Habla ahora, qué no cantas. El estrivillo de tu cancion es de mal agüero. Nuestro alegre aspecto te parece un mal presagio?

Paradas dejaron al fingido trovador las palabras del de Benavente, receloso de que pudiera haber sido reconocido, pero el arzobispo, cuyo carácter fuera de la ambicion era afable y apacible.

—Acércate, hijo mío, le dijo, muy joven eres para mostrarte tan apesadumbrado.

—Y músico tan consumado! añadió el marqués de Villena.

—De dónde vienes? cómo te llamas? continuó el arzobispo.

—Ah señor, exclamó don Enrique, estoy en la mayor miseria, soy un pobre huérfano.

—Siempre te has visto en igual infelicidad?

—No señor, tal como ahora me veis la fortuna y las riquezas rodearon mi cuna, pero por desgracia perdí á mis padres en mi infancia.

—Eran nobles?

—Tan hidalgos como el rey! Mis tutores han consumido todo mi patrimonio dejándome en la mas espantosa miseria.

—Ladrones! exclamó el mayordomo mayor, uno de los regentes mas dilapidadores del tesoro real.

—Cuanto os honra el noble interés que tomáis en mi desgracia, continuó el rey, pero aun se aumentará vuestra indignacion, cuando sepais que mientras yo me hallo en condicion tan miserable mendigando el sustento con miscantigas á las puertas de mis propios castillos, los usurpadores de ellos viven en la mas escandalosa prodigalidad.

—Si eso es así, exclamó don Pedro Tenorio el arzobispo, yo te juro, mancebo, por la cruz arzobispal que he de hacer un castigo ejemplar, tremendo.

—Los tutores te restituirán cuanto te han robado, dijo muy irritado Benavente.

—No basta esto, señor duque, es preciso ademas un severo castigo que reprima su desman. He de contribuir á que mueran por su maldad.

—Dios os bendiga, señores! repetia saludándolos humildemente don Enrique, Dios os bendiga señores! Confiado en vuestra poderosa asistencia no tardaré en pedir justicia contra los que tan falto de todo recurso me han dejado, que aun no he comido nada hoy.

—A ver, dijo el arzobispo, dénde algo que probar; y mientras algunos criados empezaron á traer viandas para el trovador, los regentes se levantaron de la mesa y todos los demas caballeros siguieron su ejemplo para pasar á otros salones. Algunos de ellos sacaron de sus escarcelas monedas de plata y oro, que con aire desdeñoso y de proteccion arrojaron en la mesa en el sitio en donde despues de levantados los del convite se habia sentado el fingido trovador.

Fueron desocupando el salon del convite todos los convidados. Quedóse el último el padre Cardena que llegándose al lado de Enrique que absorto, abismado con lo que acababa de pasar, los codos apoyados en las mesa, sosteniendo la cabeza con ambas manos tan distraído estaba que no le habia visto llegar, ni se apercibió de su presencia hasta que acercándose al cido le dijo:

—Jamás la proteccion de mi padre San Francisco faltará al rey don Enrique que le levantó un templo!

—Vos aquí? padre guardian.

—No os ofrecí, que siempre me encontrarais en vuestra ayuda.

—Cómo castigar tantas demasias? Sin recursos... sin medios... todos los castillos y ciudades entregados á los regentes!

—Yo tengo una bandera, lo habeis oido, al rededor de esa bandera se agrupará Castilla toda.

—Qué bandera?

—No lo habeis visto? la bandera que todos se disputaban, aunque para distintos fines, vuestro gaban vendido esta noche.

—Ya veis cuán poco valor tiene; una modesta cena, y cuatro ducados que sobre ella dieron á mi camarero, y con los que habremos de comer mañana.

—De hoy mas no os faltará dinero. Podeis contar con los inmensos recursos del conde don Sancho.

—Me ha cerrado sus arcas.

—Por consejo mio. Era preciso haceros despertar de la indolencia en que os habian sumido vuestros tutores. Era preciso que vieseis lo que habeis visto, que tocáseis lo que habeis tocado. Era preciso que el niño se convirtiese en hombre.

—Se convertirá, padre Cardena, se convertirá, dijo alzando la voz el rey.

—Ahora aprovechad la ocasion de estar fuera todos los regentes y cortesanos, y retiráos sin dar sospechas á vuestro palacio.

—Allí os aguardo, determinado á todo trance á tomar por mí mismo las riendas del estado.

—Seguid dirigiéndoos por mí, señor: desde el dia en que os hablé en el desierto, y quise haceros conocer vuestra pobreza con mis repetidas exigencias, ese era mi intento, desde entonces conspiró con vos sin que lo hayais conocido, y con el conde don Sancho, y con la reina viuda!

—Y yo me creia abandonado de todos!!

—Por la fuerza de las armas nada lograreis, con prudentes artes en breve sereis el verdadero rey de Castilla.

—Será pronto, padre Cardena? Que ya me desesperan las horas que pasan sin castigar las insolencias de mis tutores.

—Mas pronto que pensais si sois dócil, nunca si os dejais arrastrar de ese natural fogoso, que merced al cielo han despertado en vos las injurias recibidas.

El rey se retiró á palacio. Don Juan de Velasco y sus amigos le aguardaban en la calle.

El padre Fray Diego entró en los salones del palacio: el festin continuó hasta muy entrado el dia siguiente.

VIII.

La campana del convento de San Francisco tocaba á maitines.

—*Surgens Domine ad confitendum tibi media nocte*, dijo el guardian Cardena, al oír la campana levantándose para despedir á diversas personas, que envueltas en sus anchas capas habian entrado á deshora en el convento y permanecido con él hasta la media noche, para tratar de llevar á cabo los proyectos que el prudente y activo religioso habia tan diestramente concebido.

Hacia dos dias que todos los religiosos se hallaban ocupados en escribir en gruesos caracteres sobre pergaminos, una manifestacion, refiriendo á los pueblos de Castilla el estado de miseria en que se hallaba el rey, hasta el grado de haber tenido que vender su gaban para procurarse el sustento, y se hacia en él una llamada á la lealtad castellana para derrocar la opresion y tirania insolente de los regentes...

Repartió estos escritos el padre Cardena á los principales que ya descubiertamente le habian proporcionado el conde don Sancho, don Juan Velasco, y la reina doña Beatriz, de acuerdo con el rey Enrique, no sin haberles exigido antes solemne juramento de que guardarían inviolable secreto, y que nada declararían aunque á ello fuesen apremiados por rigurosos tormentos.

Partieron del convento los conjurados á cumplir su mision, marchando á las villas y ciudades mas distantes, y algunos en el mismo Burgos, clavando con sus puñales en las puertas de los templos, en los parages mas públicos, y aun en las galerias del mismo palacio arzobispal, sitio donde se reunían los regentes para gobernar, esta sediciosa manifestacion.

Pocos dias pasaron sin que el suceso de la venta del gaban no fuese público en toda Castilla, y un sordo clamor de indignacion á los regentes, y de compasion al niño Enrique, se hizo sentir en todo el reino. En vano intentaron los regentes, con amenazas, con promesas, adquirir el conorimiento del origen de aquella sediciosa manifestacion. Investigóse que mercaderes habian vendido pergaminos, llegóse á registrar los monasterios donde los monges en aquella época se ocupaban en copiar las obras por no ser aun conocido el arte de la imprenta. En todos los monasterios se hallaron igual cantidad de pergaminos á los vendidos en aquellos dias. Desesperábanse los regentes, burlados por la prevision del padre Cardena, que habia hecho escribir la manifestacion en varias hojas de pergamino arrancadas de los libros usuales del coro, y de los que se habian borrado con reactivos, las palabras de los salmos, para escribir sobre ellas palabras que debían despertar la lealtad de los pueblos.

En aquellos siglos los conocimientos de las ciencias físicas, se hallaban, como casi todas las ciencias concentradas en los cláustros.

Observaron tambien cuidadosamente la conducta del rey y no hallaron en ella ningun motivo de alarma; las mismas pocas personas que antes le visitaban, en la misma ocupacion de la caza entretenia su tiempo, y por un exceso de precaucion llevado al último punto, ni aun dirigia ya sus cacerias al desierto del convento de San Francisco, pero el padre guardian entraba de vez en cuando en el palacio real para pedir limosna para la obra del convento. Tambien entraba en los palacios de los regentes. Pasados unos cuantos dias disminuyóse en estos, no viendo estallar de una manera sensible la indignacion de los pueblos, la alarma que produjera la manifestacion fijada en casi todas las principales ciudades. Cuidábanse muy poco del odio popular porque su máxima de gobierno era la de ser aborrecidos con tal de que fuesen temidos.

Dejó el rey de salir con tanta frecuencia á sus acostumbradas cacerias, retrájose absolutamente en su palacio, y se quejó de sus dolencias mas que de lo ordinario. Dió motivo esto á que cundiese en el pueblo la noticia de que afectado sensiblemente por el mal tratamiento que experimentaba de sus tutores, se hallaba agravado en sus dolencias, y con lágrimas en los ojos é ira en el corazon lamentaba su inmediata pérdida.

Los regentes creían tambien que el mal que desde su infancia se habia mostrado rebelde á todos los recursos del arte, habia hecho tan grandes progresos que en breve tendrían que comenzar una nueva regencia mas



larga que la de Enrique, que iba á entrar dentro de breves dias en el año 16 de su edad. Las leyes del sábio rey don Alfonso fijaban la mayor edad de los reyes á los 18 años. Ya se formaban cábalas é intrigas para que quedasen los mismos regentes por el infante don Fernando hermano de Enrique, cuando este siguiendo siempre las inspiraciones del padre Cardena, se resolvió á tomar las riendas del estado, y anticipar dos años la época señalada en la ley, revolucion justa y necesaria para Castilla, revolucion que cinco siglos despues acabamos de imitar en nuestros dias.

El rey continuó siempre despues del suceso de la noche del festin, recibiendo al arzobispo, á Villena, á Benavente, y á los demas regentes con su acostumbrada franqueza y cordialidad, haciendo esta mas espresiva desde que prestando mayor gravedad en sus dolencias habia dejado de salir de su palacio.

El dia de su cumpleaños se aproximaba. Para este dia convidó el rey á todos sus tutores y á los principales caballeros de la corte. Admiracion causó á todos un convite en la situacion estrema de salud y de recursos pecuniarios en que se hallaba el rey.

Crían los cortesanos que habria encontrado quien para el festin le adelantase algunas sumas mediante un préstamo, juzgaban los regentes, y los mas entendidos en la política, que se trataba de otorgar testamento, y todos aguardaron llenos de impaciencia y curiosidad el dia señalado.

Llegó el dia del cumpleaños del rey. Las campanas de la magnífica catedral de Burgos anunciaron al pueblo el natalicio de Enrique de Castilla, y Castilla creyo oír por última vez el anuncio de esta fiesta nacional; tanto era el temor que tenia de perder pronto á su buen rey!

Al medio dia dirigiéronse los convidados á palacio, y á medida que fueron llegando, se reunieron en un espacioso salon donde debian esperar la hora de presentarse al rey. Entre los convidados se hallaba don Sancho de Alburquerque, cuya presencia causó grande extrañeza á todos, por no habérsele visto en público desde la noche fatal de su rompimiento con don Fadrique. Bajó éste los ojos al encontrarse con los del conde, que pálido, demudado el semblante por los pesares que le habian devorado, parecia en medio de aquella alegre y placentera corte una funesta aparicion, una predicción de las terribles escenas del espantoso drama que iba á representarse.

Abrense las puertas de la estancia del rey. Un page grita:

—El rey aguarda á sus ricos-hombres en la mesa!

Entraron los regentes y los ricos-hombres en la pieza preparada para el régio banquete, y cuál no debió ser su sorpresa cuando en vez de una estancia magnífica y lujosamente adornada, se hallaron en una cuyas paredes estaban enteramente desmanteladas y desnudas, teniendo en vez de un rico aparador una mesa de toseco y grosero pino y algunos cuantos bancos de la misma maderal

Al testero se hallaba el rey armado. Levantóse al entrar en el salon los regentes y demas ricos-hombres invitándoles con cortes afabilidad á que tomasen asiento, para participar de su frugal convite, esperando de su amor disimularian á trueque de su buena voluntad el que en vez de ricos y esquisitos manjares les sirviesen con tanta frugalidad.

Todos los cortesanos obedecieron no sin asombro, que creció al ver que por toda comida les sirvieron solo pan seco, y agua. Comía el rey con muy buen ape-

tito, pero los demas sentian diversos afectos. Quien creia ver en esto una prueba de la enagenacion mental del jóven principe, quien el designio de insultar la nobleza castellana, quien una misteriosa leccion de que los caballeros deben vivir sóbria y frugalmente en contraposicion de la vida muelle y voluptuosa de la corte, quien mas suspicaz preveía alguna celada, aunque no alinando con que fuerzas podia contar el rey, reducido por sus tutores á la nulidad. Desconcertaba en tanto á todos el tono animado y jovial de Enrique que afable dirijia á todos la palabra, llegando casi á creer aun los mas recelosos, que todo era efecto de la loca estravagancia del rey. Confirmáronse en esto mas cuando levantándose el rey dijo:

—Veo que no os ha satisfecho esta comida, pero por fortuna pienso sorprenderos con el segundo servicio que os he preparado, y que cuento será cual no lo habeis visto todos jamás, cual nunca lo volveréis á ver.

La espresion del placer se pintó en el rostro de los convidados, siguieron al rey, y entraron en otro salon.—Apenas habian entrado los regentes y los ricos-hombres hasta el número de quince, cerráronse repentinamente las puertas.

Las paredes de esta estancia estaban colgadas de negro, cerradas las ventanas, tres lámparas con debil y sepulcral reflejo dejaban ver confusamente en el fondo unas grandes cortinas negras detras de las cuales habia alguna cosa oculta.

—Ya veis que todo está dispuesto para comenzar este segundo servicio, les dijo el rey antes de que pudiesen volver en sí de la primera impresion de terror.

Y dirigiéndose despues al arzobispo le dijo con voz airada y severa.

—Don Pedro Tenorio, cuántos reyes habeis conocido en Castilla?

—Señor, respondió temblando el arzobispo, á don Enrique de Trastamara vuestro inclito abuelo, á vuestro padre don Juan, á quien tanto he servido, y á vos de quien he sido fiel guardador.....

—Y vos, marqués de Villena?

—Los mismos tres!

El rey hizo igual pregunta á otros de los presentes, y todos respondieron, segun la edad que contaban, haber conocido dos ó tres reyes.

—Siento, dijo encolerizado Enrique, no habeis cual nobles y mintais tan sin rebozo, cuando siendo el mas jóven, he conocido mas de veinte soberanos en Castilla, y por cierto, siguió diciendo con mas ira, que no está mas medrada por ello. He conocido el rey arzobispo de Toledo, el rey marqués de Villena, el rey duque de Benavente, el rey don Juan de Mendoza, y el rey..... y vive Dios que no le están bien tantos reyes á mis pueblos. De hoy mas, yo que he nacido rey quiero solo serlo. Asi pues, rey arzobispo, Villena, Benavente, Mendoza, renunciad vuestro poder en mí, á quien pertenece de derecho.... ó vive Cristo!

Al decir esto dió una firme patada en el suelo, y á esta señal describiéronse las negras cortinas que ocultaban el fondo del salon, dejando ver en él un altar con un santo crucifijo, un fraile de San Francisco, que no era otro que el padre Cardena con el gaban del rey debajo del brazo, un tajo y el verdugo, llamado Mateo Sanchez, y á su alrededor formando semicírculo, como hasta unos ochenta hombres de armas. El conde don Sancho sacó entonces la espada, y saliendo de entre los regentes, con quienes habia entrado en el salon, pasó á colocarse al frente de los soldados que eran todos hombres leales y escogidos.

Viéronse perdidos los regentes. El duque de Benavente que conoció que todo era una venganza hábilmente preparada, quiso echar mano de su espada como hombre de valor, pero en un instante fué desarmado y asegurado por los hombres de don Sancho.

—Vosotros mismos os habeis condenado, les dijo el rey. Yo soy el huérfano que os anunció vuestro castigo

Abrid el alma al placer,
Que es corta la humana vida;
Mañana estará abatida,
La frente que erguiais ayer!!!



Arrojóse á sus plantas el prelado de Toledo y los demás regentes implorando su perdon, procurando ablandar con sus falaces excusas su corazon.

—Ved vuestro orgullo! les dijo el rey. Yo soy el leon de Castilla.... Tiritó el rey de frio acometido en aquel instante por una violenta cuartana; y no pudo menos de decir sonriendo:

—Al decir que soy leon, me siento acometido por la calentura.

El padre Cardena le puso sobre los hombros su gaban, y como al mismo tiempo gentes preparadas por la parte de afuera gritasen, *viva el rey! viva el rey!*

—Ved!, les dijo Enrique, ese es el pueblo de Castilla. El dá calor á sus reyes: y despues añadió con firmeza dirigiéndose á los regentes. Encomendad el alma á Dios, y así él se compadezca de vuestras muchas culpas.

La vista del verdugo, la firmeza del rey, la fuerza de hombres decididos, resueltos á sostener la sentencia de Enrique, todo tuvo en la mas horrible ansiedad á los culpados, que tendian sus manos suplicantes al rey, escepto Benavente, en cuyo rostro se veia pintada la desesperacion y el desprecio de la muerte.

Enrique era naturalmente bueno y bondadoso, y así viendo su humillacion

—Os perdono, les dijo, pues no quiero manchar con sangre el primer dia de mi reinado, pues hasta hoy vosotros y no yo, habeis sido los reyes. Pero quedareis en estrecha prision hasta que hayais devuelto todo lo que tan inicuaente habeis defraudado á mi corona. En el acto firmareis las órdenes, para que los castillos, ciudades y villas que os habeis apropiado durante mi menor edad sean entregadas á los capitanes que he nombrado. De hoy mas solo habrá en Castilla un rey y vasallos, y ay de aquel que intentase rebelde alzar la cabeza! porque se la haré cortar.

Firmaron en el momento los regentes y ricos-hombres las órdenes para entregar las fortalezas á las gentes del rey, y partieron inmediatamente mensageros á llevarlas.

Abrióse el balcon al mismo tiempo, del palacio, y un heraldo anunció al pueblo que; el muy alto y poderoso rey don Enrique III, se habia declarado mayor de edad, y entraba á regir por sí el reino. Anunció tambien al pueblo que no se pedirian en su gobierno empréstitos ni monedas al reino, porque su justicia habia hecho volver á las arcas reales los dineros que se habian usurpado durante su menor edad, y que se iban á tomar estrechas y severas cuentas á los regentes y á cuantos habian manejado caudales públicos: y que el rey se hallaba en completa y cabal salud para poder llevar adelante su empresa.

—Viva el rey! viva el rey! gritaba el pueblo reunido en la plaza del palacio, atónito y satisfecho con tanta novedad.

—Merced á vosotros, ya es rico mi tesoro, continuaba el rey diciéndoles á los regentes. Por Santiago que de hoy mas no habrá paz ni tregua alguna en Castilla, interin tremole en mis pueblos un solo pendon de la media luna. Marchemos todos unidos á defender la ley de Cristo.

Los regentes salieron custodiados para el castillo de Burgos, en rehenes interin se entregaban las fortalezas y se restituian al tesoro los dineros robados. Tres meses permanecieron prisioneros, é ingresaron en las arcas del rey, pagados por los regentes, ciento cincuenta cuentos de maravédises, segun refieren los historiadores de aquella época.

El rey abrazó despues al padre Fray Diego Cardena, lo nombró su confesor, y le prometió costear suntuosamente la fabrica de su convento. Os nombro obispo:

Benedicto XIII confirmará en Aviñon mi resolucion.

—Don Sancho, dijo despues al conde de Alburquerque, os nombro mi condestable en lugar del marqués de Villena.

—Antes necesito que me hagais justicia, mi hija doña Leonor...

—Debía de haber compartido mi trono, con placer hubiera obedecido el acuerdo de mis tutores... el rey de Castilla ha olvidado todos los agravios hechos á Enrique III en su menor edad. El rey hará pronta y cumplida justicia de todos los daños y entuertos cometidos en Castilla. Leonor dará la mano á don Fadrique.

—Así se reparará el honor de mi nombre y de mi casa... pero jamás me consolaré del esposo que ha perdido, mas aun por su bella alma, que por su real corona.

—Que quereis! dijo sonriéndose el rey, el corazon de las mugeres es incomprensible.

Tres meses despues doña Leonor era duquesa de Benavente, y recibió de el rey, que olvidó sus pasados celos, señaladas mercedes.

IX.

Las córtes espresamente convocadas en Madrid reconocieron la mayor edad del rey.

La constitucion débil del rey se reanimó por su alma enérgica y vigorosa. Su primer cuidado fué reformar los abusos que habian tolerado los regentes. Interesados estos en el desórden habian concedido fuertes pensiones á cuantos los rodeaban. Enrique revocó todas estas donaciones, dulcificando el rigor de esta medida haciendo valer las necesidades del estado. Como es raro siempre el que los intereses individuales cedan de buen grado á los intereses públicos, los grandes fueron los primeros en oponerse á la rigurosa administracion de Enrique; muchos de ellos desertaron de su córte, se retiraron á sus castillos y armaron sus vasallos y parciales. La actividad de Enrique no les dejó el tiempo de madurar sus proyectos y formar una conspiracion. Apareció el rey á la cabeza de sus tropas para castigar á los rebeldes, estos imploraron, como el conde Jijon, y el mismo duque Benavente, su clemencia, y fueron perdonados despues de arrasar las fortificaciones de las ciudades rebeldes. Para castigar las matanzas de los judios hechas en su menor edad, y las revueltas que traian en Sevilla el conde de Niebla, uno de los ex-rejentes, y Pero Ponce, marchó allí con el verdugo Mateo Sanchez, é hizo tan ejemplares castigos que refiere el padre Juan de Mariana en su historia, que hizo ajusticiar mas de mil culpados.

Reprimida la sedicion, domado el orgullo de los grandes, preparóse á rechazar la invasion de los estrangeros. Los portugueses se habian páfídamente apoderado de Badajoz. No gozaron largo tiempo del fruto de su perfidia. Juntó Enrique un ejército numeroso, armó una escuadra considerable, devastó completamente todo el pais situado en las inmediaciones del Tajo, las escuadras que salieron de Lisboa fueron derrotadas por la de Castilla, y el rey de Portugal se reputó feliz de obtener la paz con la restitucion de Badajoz.

Despues de haber cesado las hostilidades con Portugal, Enrique llevó sus armas victoriosas contra los corsarios de Africa cuya codicia y crueldad no bastaban á contener ni las leyes ni los tratados. Sus buques fueron apresados por las naves castellanas, la ciudad de Tetuan donde ocultaban su botin tomada por asalto, y sus habitantes pagaron con su vida los males que habian hecho sufrir á los castellanos, y el rey

volvió vencedor cargado de los tesoros que los piratas habían acumulado en sus correrías.

Animado Enrique por tan prósperos sucesos, proyectó espulsar enteramente los moros de España. Las frecuentes incursiones del rey de Granada en el territorio de Castilla le dieron ocasión de comenzar las hostilidades. Benefició y puso tal orden con su prudente economía en las rentas del estado, que se recogían grandes sumas todos los años en sus tesoros que hizo guardar en el alcázar de Madrid, en el que para mayor seguridad construyó cuatro torres. El vigor con que Enrique disponía los aprestos militares inflamó el valor de sus soldados, é intimidó a sus enemigos. Convocó las cortes en Toledo, y en ellas los pueblos y la nobleza se mostraron entusiasmados y dispuestos á ejercitar su valor contra los musulmanes, estos antiguos enemigos de la religion y del país. Este proyecto de guerra fué acogido con vivas aclamaciones por todos. El clero lo sancionó por su aprobacion. Todas las fuerzas de Castilla iban á caer sobre Granada, y el éxito de tan brillante plan parecía poco dudoso, cuando vino á desconcertarlo la muerte de Enrique en Toledo mismo cuando mas activaba la guerra, á los 27 años de su edad. Murió el 23 de diciembre de 1407, su muerte fué llorada por toda Castilla. Al bajar al sepulcro dejó de su matrimonio con la reina doña Catalina un hijo que solo tenía catorce meses. Las cortes temiendo

las desgracias que habían afligido al reino siempre en las largas minorías, desterraron hasta el pensamiento de llevar la guerra á los árabes.

Enrique III fué uno de los principes cuyas virtudes realzan la diadema, *Mas temo las maldiciones del pueblo decia, que las armas de mis enemigos.* La moderacion dirigió siempre su política. Supo castigar y recompensar con justicia. Reprimió cuidadosamente el orgullo de la nobleza, cuya influencia le había reducido en su menor edad á la nulidad y obligádole á tomar por una conjuración las riendas de sus reinos. Por el castigo severo que impuso á los habitantes de Sevilla contra el sublevados, dió una terrible lección á los pueblos evitándoles el peligro de desafiar la autoridad real.

La historia le llama don Enrique el *Doliente* por la terrible enfermedad que desde niño padeció, las cuartanas, y que le condujeron al sepulcro. Sepultado está su cuerpo en la capilla real de la catedral de Toledo, con el hábito de San Francisco, de quien fué especial devoto, y cuya protección jamás le faltó como le había ofrecido al pedirle recursos para labrarle un templo en Burgos, el padre Fray Diego Cardena, que fué siempre su mas fiel amigo y prudente consejero.

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE GENERAL POR ORDEN ALFABETICO.

ARIOSTO, pág. 39.

A. ELOISA, soneto por D. G. R. Larrañaga, pág. 402.

A LA MEMORIA DE MI ADORADA MADRE, por la señorita doña P. Cabrero y Martinez, pág. 188.

A LA SEÑORITA ENRIQUETA CABRERO Y MARTINEZ, por D. G. R. Larrañaga, pág. 189.

ARMAS, Blason, por D. J. de Quevedo, pág. 219.

AFRICA, supersticiones de los negros de la costa de Oro, pág. 223.

ANTIGÜEDADES de Galicia, por D. A. Neira de Mosquera, pág. 255.

BASHLEA, pág. 150.

BAÑOS de Cestona, por D. J. Salgado, pág. 145.

BEDUINOS, (los) ó Arabes del desierto, pág. 176.

BAÑOS de Arechavaleta, (los) por don J. L. pág. 194.

BENES PROMETIDOS, fábula por don R. Campoamor, pág. 261.

BULGARIOS, pág. 278.

CHARTRES, pág. 2.

CONQUISTADOR DE MÉJICO (el) por don F. F. Villabril, pág. 3.

COLONIA, por don M. Lafuente, (Fr. Gerundio), pág. 45.

CONDE DE LUNA, (el) por don J. S. Milanés, pág. 84.

CONQUISTA DEL PERÚ, (la) por don F. F. Villabril, pág. 154.

COMACCHIO, y sus anguilas, pág. 217.

CABOCLES, ó indios católicos del Brasil, pág. 224.

CUADRO DE CEBES, pág. 257.

DESDEÑY Y FIRMEZA, balada amorosa, por don Gregorio Romero y Larrañaga, pág. 49.

DON TEODOMITO, una broma, por F. Soulie, pág. 21.

DEFENSA DE ZARAGOZA, (la) por don F. de P. Mellado, pág. 26.

DE ESCLAVO Á REY, por don A. Pirala, pág. 52.

DON ANTONIO MARÍA ESQUIVEL, por don Luis Villanueva, pág. 90.

DOS DE MAYO DE 1808, (el) por don J. M. Maldonado, pág. 107.

DRAGON, (el) pág. 128.

DON ALFONSO DE CORDOVA, y doña Catalina de Sandoval, por don J. P. Anaya, primera parte, pág. 225.

SEGUNDA id. pág. 249.

DOÑA BLANCA DE BORBON, por don J. S. Milanés, pág. 279.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO, por don F. F. Villabril, pág. 282.

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS, por don E. S. de la Fuente, pág. 125.

ESPEDICION DE TUNEZ, por don F. F. Villabril, pág. 151.

EL PINTOR Y EL POETA, por un contemporáneo, pág. 159.

EL CAPITAN COOK, pág. 190.

EL CAFÉ, por don J. de Gama, pág. 216.

FENOMENO VIVO, (el) por Enrique Berthoud, primera parte, pág. 154.

SEGUNDA id. pág. 165.

FONTAINEBLEAU, por don J. Muñoz Maldonado, pág. 448.

FENCOTERO, (el) pág. 200.

FELICIA, por X^{xxx}, pág. 242.

GARCILASO DE LA VEGA, por don F. F. Villabril, pág. 179.

GARCÍA DE PAREDES, por don F. F. Villabril, pág. 236.

GABAN, (el) de don Enrique el Doliente, por don J. Muñoz Maldonado, primera parte, pág. 262.

SEGUNDA id. pág. 294.

HAZAÑAS DEL PULGAR, (las) por don F. F. Villabril, pág. 49.

INDIOS DEL SENEGAL, (los) pág. 15.

INDIOS de la América del Norte, (los) pág. 103.

INCENDIO de la Torre de Londres, pág. 193.

JERUSALEN, por Lamartine, pág. 55.

LA VIDA DEL CAMPO, por don J. de Gama pág. 124.

LA CATEDRAL DE AMBERES, por don M. Lafuente (Fr. Gerundio) pág. 178.

LA MONEDA DE CUATRO Duros, por don F. de P. Mellado, pág. 182.

LONDRES y su Torre, por don J. Leguey, pág. 202.

LAMARTINE (Alfonso de), pág. 274.

LA MODA, por don J. de Quevedo, pág. 283.

LAS APANENCIAS ENGAÑAN, por el Estudiante, pág. 291.

NOTICIA DEL DISTRITO DE OVIEDO á Salas y Miranda, por don J. Arias de Miranda, pág. 239.

ORLEANS, pág. 106.

PAULINA RUENS (primera parte) por Enrique Berthoud, pág. 7.

SEGUNDA PARTE id. pág. 30.

PALMERA SILVESTRE (la), pág. 154.
 PILORI (el), ó Poste, pág. 196.
 PEDRO CORNEILLE, pág. 201.
 PRISION DE BOABDIL, por don F. Fernandez Villabril, pág. 209.
 POBRE LUCIA!!!, por don L. de Juan, página 212.
 POBREZA NO ES VILEZA, por don J. Leguey, pág. 232.

RESIGNACION, pág. 59.
 REYEZUELO (el), pág. 152.
 SEMANA SANTA, (la) en Roma, por don J. Muñoz Maldonado, pág. 65.
 SUPICIO DE JUANA GREY, por don F. Soulié, pág. 81.
 VANINKA primera parte, por A. Dumas, página 95.
 SEGUNDA PARTE, id. pag. 117.

VALHALLA (la), pág. 251.
 VALOR DEL TIEMPO, por el Estudiante, página 47.
 UNA NOCHE EN VILLAHERMOSA, por don J. Leguey, pág. 41.
 UNA ILUSION, por don J. Leguey, pág. 78.
 UN ENBAJADOR ESPAÑOL, en la corte de Inglaterra, por don Jacinto de Salas y Quiroga, pág. 192.

INDICE GENERAL POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS LITERARIOS.

DESDEN Y FIRMEZA, balada amorosa, por don G. Romero Larrañaga, pág. 19.
 A ELOISA, soneto, por don G. Romero Larrañaga, pág. 102.
 EL RIGOR DE LAS DESDICHAS, cuadro andaluz, por don E. S. de Fuentes.
 A LA MEMORIA DE MI ADORADA MADRE, por la señorita doña P. Cabrero, pág. 188.
 A LA SEÑORITA DOÑA ENRIQUETA CABRERO, por don G. R. Larrañaga, pág. 189.
 BIENES PROMETIDOS, fábula, por don R. de Campoamor, pág. 261.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

EL CONQUISTADOR DE MÉJICO, por don F. F. Villabril, pág. 5.
 LA DEFENSA DE ZARAGOZA, por don F. de P. Mellado, pág. 26.
 LAS HAZAÑAS DE PULGAR, por don F. Fernandez Villabril, pág. 49.
 DE ESCLAVO A REY, por don Antonio Pírala, pág. 52.
 SUPICIO DE JUANA GREY, por F. Soulié, pág. 81.
 EL CONDE DE LUNA, por don J. Saiz Milanés, pág. 84.
 EL DOS DE MAYO DE 1808, por don J. Muñoz Maldonado, pág. 107.
 ESPERACION A TUNEZ, por don F. F. Villabril, pág. 151.
 LA CONQUISTA DEL PERÚ, por don F. F. Villabril, pág. 154.
 GARCILASO DE LA VEGA, por don F. F. Villabril, pág. 179.
 UN ENBAJADOR ESPAÑOL EN LA CORTE DE INGLATERRA, por don J. de S. y Quiroga, página 192.
 LONDRES Y SU TORRE, por don J. Leguey, pág. 202.
 PRISION DE BOABDIL, por don F. F. Villabril, pág. 209.
 DON ALFONSO DE CORDOVA y doña Catalina de Sandoval, por don F. P. Anaya, primera parte, pág. 225.
 SEGUNDA PARTE, pág. 249.
 GARCÍA DE PAREDES, por don F. F. Villabril, pág. 256.
 DOÑA BLANCA DE BORBON, por don J. Saiz Milanés, pág. 279.
 DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO, por don F. F. Villabril, pág. 282.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

ARIOSTO, pág. 59.
 DON ANTONIO MARIA ESQUIVEL, por don Luis Villanueva, pág. 90.
 EL CAPITAN COOK, pág. 190.
 PEDRO CORNEILLE, pág. 201.
 ALFONSO DE LAMARTINE, por X^{xxx}, pág. 274.

ESTUDIOS DE HERÁLDICA.

ARMAS. BLASON, por don José de Quevedo, pág. 219.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LOS INDIOS DEL SENEGAL, pág. 15.
 COLONIA, por don M. Lafuente. (Fr. Gerundio), pág. 45.
 LA SEMANA SANTA EN ROMA, por don J. Muñoz Maldonado, pág. 65.
 LOS INDIOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE, página 105.
 ORLEANS, pág. 106.
 BAÑOS DE CESTONA, por don J. Salgado, página 145.
 FONTAINEBLEAU, por don J. M. Maldonado, pág. 148.
 LOS BEDUINOS ó ARABES DEL DESIERTO, página 176.
 LA CATEDRAL DE AMBERES, por don M. Lafuente, pág. 178.
 LOS BAÑOS DE ARECHEBALETA, por don J. L., pág. 194.
 AFRICA, supersticiones de los negros de la Costa de Oro, pág. 225.
 CABOCLES, ó indios católicos del Brasil, página 224.
 LA VALHALLA, pág. 250.

ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.

CHARTRES, pág. 2.
 JERUSALEN, por Lamartine, pág. 55.
 BASILEA, pág. 150.
 NOTICIA DEL DISTRITO DE OVIEDO á Salas y Miranda, por don J. Arias de Miranda, pág. 242.
 ANTIGÜEDADES DE GALICIA, por don Antonio Neira de Mosquera, pág. 255.
 BULGARIOS, pág. 278.

ESTUDIOS MORALES.

PAULINA RUBENS, por Enrique Berthoud, primera parte, pág. 7.
 SEGUNDA idem, pág. 50.

UNA ILUSION, fantasía, por don J. Leguey página 78.
 EL FENÓMENO VIVO, por E. Berthoud, primera parte, pág. 194.
 SEGUNDA idem, pág. 165.
 LA MONEDA DE CUATRO DUROS, por don F. de P. Mellado, pág. 182.
 POBRE LUCIA!!!, por L. de Juan pág. 212.
 POBREZA NO ES VILEZA, por don J. Leguey, pág. 232.
 CUADRO DE CEBES, pág. 257.
 LA M ODA, por don J. de Quevedo, p. 268.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

RESIGNACION, pág. 59.
 EL PINTOR Y EL POETA, por un contemporáneo, pág. 159.
 FELICIA, por X^{xxx}, pág. 242.
 EL GABÁN DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE, por don J. M. Maldonado, 1.ª parte. p. 262.
 SEGUNDA id. pág.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

DON TEODORITO, una broma, por F. Soulié, pág. 21.
 UNA NOCHE EN VILLAHERMOSA, por don J. Leguey, pág. 41.
 VALOR DEL TIEMPO, ó una cita desgraciada, por el Estudiante, pág. 247.
 LAS APARIENCIAS ENGAÑAN, por el Estudiante, pág. 291.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

LA VIDA DEL CAMPO, por don José de Gama, pág. 124.
 EL CAFÉ, por don J. de Gama, pág. 216.

HISTORIA NATURAL.

EL DRAGON, pág. 128.
 EL REYEZUELO, pág. 152.
 LA PALMERA SILVESTRE, pág. 154.
 EL FENICÓPTERO, pág. 200.

CAUSAS CELEBRES.

VANINKA, por A. Dumas, primera parte, pág. 95.
 SEGUNDA id. pág. 117.

ARTÍCULOS DIVERSOS

EL PILORI ó Poste, pág. 156.
 INCENDIO DE LA TORRE DE LONDRES, p. 193.
 COMACCHIO Y SUS ANGLULAS, pág. 217.

Aprovechamos el corto espacio que resta, para cerrar el tomo, dando las gracias á nuestros suscritores, por la favorable acogida que nos han dispensado en este segundo año. Tenemos la presuncion de creer, que hemos correspondido á ella, introduciendo mejoras que cualquiera puede verificar comparando el tomo primero con este segundo; sin embargo, nunca imaginamos haber hecho bastante cuando se trata de mostrarnos agradecidos, y por lo mismo redoblabamos nuestros esfuerzos para captarnos igualmente la benevolencia de los que nos favorecen en el nuevo año que va á principiar. Nuestros suscritores saben que nuestras promesas no son vanas; la direccion del MUSEO no perdonará gasto ni sacrificio alguno, para que su periódico conserve el alto é inaudito favor que ha conquistado.

Madrid 25 de diciembre de 1844.

EL DIRECTOR—*Francisco de Paula Mellado.*